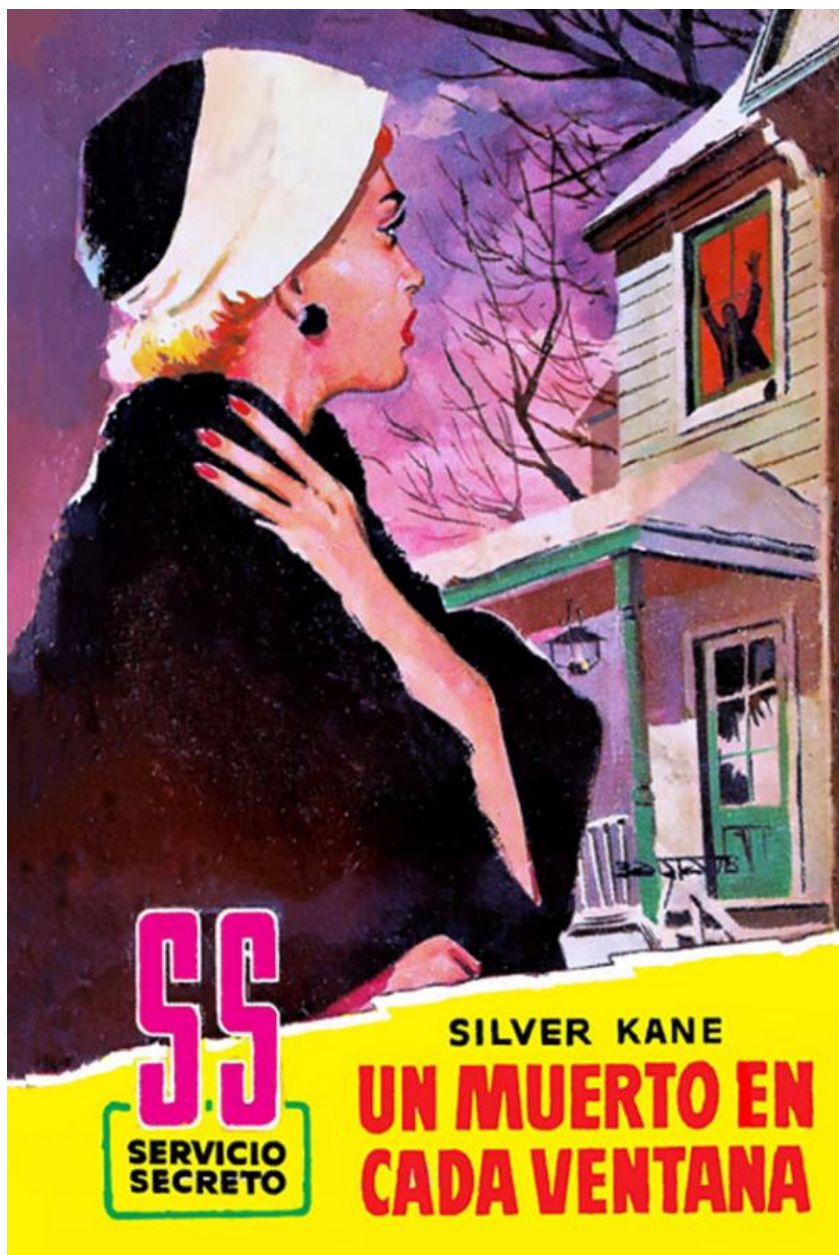




SS

**SERVICIO
SECRETO**

SILVER KANE

**UN MUERTO EN
CADA VENTANA**

SILVER KANE

UN MUERTO EN CADA VENTANA

1.^a EDICIÓN

AGOSTO - 1958



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 9.213-1958

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE-1958

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

524. — El verdugo. 545. — La gran jugada.

En Colección SERVICIO SECRETO:

360. — Recuérdame al morir. 334. — Los muertos vuelven de noche.

En Colección BÚFALO:

222. — Plomo para mi amada. 231. — Camelias para la muerta.

En Colección PANTERA:

12. — Diligencia al infierno. 85. — El ángel y el demonio.

En Colección CONGO:

21. — Muramos juntos, querida.

En Colección CALIFORNIA:

3. — Ataúd para una rubia. 53. — El último caballero.

En Colección SALVAJE TEXAS:

85. — El demonio del revólver. 100. — Mi revólver nunca, falla.

En Colección COLORADO:

15. — Siete ataúdes. 40. — He vuelto para morir.



I

LA NOCHE TIENE MANOS

Todo empezó con aquella sensación rara e inconexa que Larry sentía en su cráneo. Era como si estuviera apartado del mundo. Mientras trabajaban, todos veían sus ojos clavados en la gran ventana negra de la habitación, sus facciones extraviadas, sus puños apretados sobre la mesa. Era como si Larry, siempre tan normal, estuviese ahora mirando fantasmas en aquella ventana negra. Ni el tecleo de las máquinas, ni las voces, ni los timbrazos del teléfono distraían su atención. Él estaba solo pendiente de aquella ventana negra. Él solo parecía vivir para captar el extraño mensaje que a través de ella le enviaba la noche.

Y de repente lanzó un grito de horror.

Todo aquello era inverosímil.

Que un hombre que ha trabajado durante más de cinco años en el «Herald», llevando frecuentemente la crónica de sucesos, crímenes y espectáculos macabros de todas clases, que un hombre que está ya curtido en toda clase de mundos dantescos, se ponga a gritar de miedo como un niño en plena Redacción, cuando está

rodeado de empleados y solo porque mira una ventana negra, es algo que a nadie le entra en la cabeza.

Pero sucedió. Aquella noche, en el local de la calle Veinticinco, a dos pasos del Precinto de Policía, sin nada que le amenazase, Larry Benttam, de treinta años de edad, reportero de sucesos y de espionaje internacional, se puso a gemir de horror y a llorar como un chiquillo.

Fue Bandri, el subdirector, quien primero se acercó a él.

Larry se había dejado caer de la silla al suelo. Tenía las manos agarrotadas a la altura del corazón y seguía mirando la ventana negra. Instintivamente, el subdirector la contempló también. No se veía más que la noche y algunos jirones de niebla a través de ella. Por lo demás, nada. Aquel era un espectáculo diario. Si Larry no fuese normalmente un hombre tan equilibrado, todos hubieran creído que se había vuelto loco.

—Pero ¿qué te pasa, muchacho? ¿Qué diablos es esto? Estamos a diecinueve pisos de altura. ¿Es que has visto a tu sastre asomarse por esta ventana?

La respuesta de Larry Benttam les dejó lívidos a todos.

—Acabo de ver el rostro del hombre al que he matado esta madrugada.

* * *

El director era un hombre grueso, calvo, que tenía una mujer gruesa y calva. Los negocios marchaban bien, pero él tenía la sensación de estar viviendo como un perro. «Y al menos los perros eligen su compañera», solía decir. Habitualmente lanzaba maldiciones en voz baja. Cuando le entraron en su despacho a Larry Benttam, hecho un guiñapo, comenzó a lanzarlas en voz alta.

—Pero ¿qué ocurre en esa maldita Redacción? —gritó—. Hace por le menos diez minutos que no oigo teclear las máquinas. Y el periódico tiene que salir en el correo de dentro de dos horas o se largarán todos ustedes de la ciudad en el de dentro de dos horas y media. ¿Qué ocurre, Bandri? ¿Algún contratiempo?

—Larry necesita hablarle, señor. Quisiera que usted le escuchase. Lo que ha sucedido es... Bueno, es muy extraño. Creo que sería mejor que usted lo oyese todo. ¿Podemos cerrar la puerta?

El director tomó asiento; masculló una imprecación y se puso a

mirar fijamente a Larry.

—¿Qué eran todos esos gritos, muchacho?

Bandri había cerrado ya la puerta. En el despacho, además de él, el director y Larry, solo quedaba Fred Guinea, el encargado de deportes. Los demás habían preferido salir. Fred miraba a Larry con la expresión del que está mirando a un aparecido.

Ross, el director, saltó:

—¡Vamos, hable!

En lugar de Larry fue Bandri quien habló.

—Larry —dijo poniendo en sus palabras un tono de la mayor naturalidad— sugiere que esta madrugada ha matado a un hombre.

—¿Cómo? —aulló Ross. Luego un pensamiento pasó por su cráneo y pareció tranquilizarse—: ¿Algún accidente de tráfico?

—Nada de eso. Lo he asesinado —la voz de Larry parecía llegar de otro mundo, tan débil y tan extraña era.

—¿Un asesinato?

—Y no es lo más extraño esto, Ross —dijo Bandri—. Nuestro amigo Larry asegura que hace poco ha visto la cabeza de ese hombre.

Ross se llevó la mano a los ojos y se los frotó.

—¿La cabeza de quién?

Todo aquello era inexplicable, y el simple hecho de que cuatro hombres sensatos y experimentados estuvieran hablando de una cosa así, resultaba absurdo en cierto modo. Normalmente, Ross tenía que haberse puesto a reír ante unas manifestaciones tan estúpidas.

Pero no se puso a reír.

Se pasó otra vez la mano por los ojos y preguntó:

—¿Dices que has matado a un hombre y que esta noche has visto su cabeza?

—Sí.

El tono de Larry no permitía réplica. Era como si dijese: «He almorzado este mediodía». Su expresión era terriblemente agitada, pero reflejaba la seguridad del hombre que sabe lo que se dice, que pisa terreno firme. Ross musitó:

—Muy bien, tú has matado a un hombre y has visto su cabeza esta noche, pero ¿dónde?

Larry balbució:

—En la ventana.

—¿En la ventana de un piso tan alto como este? —aulló Ross pegando un puñetazo sobre la mesa—. Pero ¿no te das cuenta de que tendré que llevarte al manicomio? ¿Es que volaba el tipo a quién mataste? Oye, Larry, hijo mío, ¿no habrás matado a tu Ángel de la Guarda, verdad?

—No se lo tome a broma, Ross —susurró Larry mientras sus labios se mantenían en una mueca patética—. Es cierto lo que le digo. Anoche maté a un hombre y hoy he visto su cabeza. Estaba pegada a aquella ventana negra. Pero ¿es que no se da cuenta? ¿No ha visto la terrible obscuridad que hay tras esas ventanas? ¡He visto su cabeza allí, a unos pasos! ¡Todos pueden haberla visto!

Ross dirigió una mirada interrogativa a Bandri. Este se encogió de hombros.

—Yo solo sé que se ha desmayado y que se ha puesto a berrear como un idiota. Desde luego, no podía haber nada en la ventana de un piso tan alto como este, pero Larry ha sido hasta ahora un chico sensato. Creo que deberíamos hacer algo por él. Llamar a un médico tal vez, o llevarle a su casa.

—¡No me lleven a casa! —aulló de repente Larry poniéndose en pie—. ¡Allí hay otra ventana como esa! ¡Desde detrás de los cristales volverá a mirarme! Y si los rompe, yo... ¡Un cristal es una barrera tan frágil!

Larry hablaba como un loco, pero la verdad es que sus palabras parecían tan sinceras que todos los que estallaban allí sintieron cómo un estremecimiento recorría sus espaldas.

De un modo instintivo, Ross miró hacia la ventana. Nada. La noche y nada más que la noche. ¡Diablo! ¿Desde cuándo las cabezas de los muertos suben diecinueve pisos para perturbar el trabajo en un periódico tan serio como el «Herald»?

Se inclinó hacia Larry.

—Mira, hijo mío, preferido de mi alma, tú has estado llevando varias secciones en el periódico durante demasiado tiempo. Estás cansado; eso es lo que te ocurre, estás cansado. Necesitas irte una temporadita al campo a pescar truchas, a asustar a los patos, a perseguir a las chicas... ¡qué sé yo! Tienes que hacer cualquier cosa menos estar aquí mirando las ventanas de la ciudad. Mire, Bandri, llévese a nuestro amigo y ayúdele a hacer las maletas para que

mañana al amanecer salga de Nueva York. Si es necesario, duerma usted en su cuarto. ¡Ah! Y pasen antes por el despacho del cajero para recoger lo que Larry necesite. No vamos a escatimar nada con él porque es un buen chico. ¿Verdad que eres un buen chico, Larry?

Quería quitárselo de encima. A pesar de ser Ross un hombre experimentado y al que no asustaba ninguna situación, estaba de verdad impresionado por el tono de patética sinceridad con que le había hablado Larry. Necesitaba por lo menos echarlo de allí y tener unos minutos para pensar con calma. ¡Por todas las rotativas del mundo! ¡Aquello era para volverse loco!

Pero Larry no hizo nada para marcharse de allí. Después de su exaltación, ahora estaba abatido y silencioso como una estatua. Sentado en la butaca frente a la mesa, quieto, la cabeza echada hacia atrás, parecía un muerto él también.

—Bueno, ¿es que no aceptas? —balbució Ross—. Piénsalo bien, muchacho: vacaciones pagadas, una prima si es que la necesitas...

Bandri articuló:

—Me temo, señor, que nuestro amigo no esté dispuesto a marcharse de aquí. Puede que crea de verdad haber matado a un hombre. Puede que en efecto haya visto una cabeza a esa altura mirándole a través de la ventana. ¿No cree que sería peligroso dejarle marchar solo de la ciudad? ¿Por qué no hacemos que nos aconseje alguien?

Ross se encogió de hombros con rabia y descolgó el auricular del teléfono. No tenía tiempo para perderlo con visionarios.

—Que me pongan con el teniente Laxon —pidió bruscamente.

Desde la centralita, transmitieron la llamada. Así empezó todo.

* * *

A Laxon le habían encargado aquella mañana que revisase en el fichero todas las fotografías de delincuentes guapas, jóvenes y rubias, que estaban archivadas en la Metropolitana. Buscaban a una que el día anterior despachó a un hombre después de robarle en una calle de Harlem. Como el archivo era completísimo, y las rubias muy sugestivas, Laxon llevaba allí horas y horas y su trabajo no tenía trazas de terminar. Cuando le llamaron de parte de su amigo Ross, del «Herald», lanzó un gruñido gutural y una imprecación que hubiese hecho enrojecer al periodista caso de haber pedido oírla.

Cuando estuvo enterado del asunto, masculló:

—Pero ¿por qué me llamas a mí? ¿Por qué no llamas a un médico?

—Me gustaría que dices un vistazo al tipo, Laxon. Tú tienes pupila. Si el fulano está delirando, tú lo notarás, y entonces llamaremos al matasanos. Pero antes ven. ¿Qué estabas haciendo?

—Estaba revisando la contabilidad de una funeraria que no paga los impuestos —masculló Laxon. Y colgó el auricular.

Cuando llegó a la Redacción del «Herald», quince minutos más tarde, el director, Larry y Bandri, se hallaban en una dependencia del archivo en donde no había ventanas. Larry, derrumbado sobre un sillón. Sus ojos estaban blancos.

Laxon, que tenía treinta años y diez de experiencia en la Brigada de Homicidios, se apoyó en la puerta y empezó a mirar a Larry sin decir palabra. Larry se fijó al fin en él.

—¿Quién es usted? —preguntó débilmente.

—Es el teniente Laxon, de la Brigada de Homicidios —le tranquilizó Ross—. Puedes fiarte de él, muchacho. Puedes explicarle cómo era aquel rostro. Vamos, ¿cómo era?

Laxon dijo:

—Deja que pregunte yo.

—Está bien, pregunta lo que quieras. Para ahorrarte trabajo te diré que este es Larry Benttam, uno de nuestros buenos reporteros. Solo tiene treinta o treinta y cinco años. Un crío. Por lo tanto puedes dar crédito en principio a cuanto te diga.

—¿Qué sección lleva?

—Varias, entre ellas la de sucesos.

—¿Cómo es que no le conozco?

—Ha estado en rueda de periodista muchas veces, pero no te habrás fijado en él. Tus subalternos, en cambio, sí que lo conocen bien. El sargento Lambert es el que le facilita los datos para sus reportajes.

Laxon se colocó un cigarrillo entre los labios.

—Muy bien. ¿Y nuestro amigo Larry asegura haber matado a un hombre?

Larry afirmó débilmente con la cabeza mientras el teniente encendía el cigarrillo.

—¿Dices que sí, eh? Espléndido. Esto será un atenuante para

cuando comparezcas ante el fiscal del distrito: Arrepentimiento espontáneo y presentación a la autoridad. Pero ¿quién era ese hombre?

—No lo sé... —silabeó Larry mientras ardía en sus ojos una llama febril.

—¿No lo sabes? ¿Y dónde lo mataste? De eso sí que te acordarás.

—No sé tampoco dónde lo maté. Sé que no era en la ciudad. Tuvimos que tomar un tren. En ese tren iba su propio ataúd. Luego lo maté.

Los labios de Laxon se entreabrieron y el cigarrillo cayó a tierra.

—¿Qué dices? ¿Qué en ese tren iba su propio ataúd?

—Sí. Él lo sabía. Él sabía que allí iban a encerrarlo. Cuando lo maté ni siquiera se quejó. Él sabía que cuando tomamos aquel tren estaba realizando su viaje hacia la muerte.

El teniente hizo todo lo posible para conservar su serenidad.

—Supongo que no bromea, Larry.

—No bromea —aseguró Ross—. Yo le conozco.

—Bien, entonces se acordará de algunos otros detalles, como por ejemplo dónde tomaron ese tren que llevaba a aquel fulano hacia su último viaje.

—Cree... que fue en Hoboken.

—Ya hemos adelantado algo. ¿Qué dirección seguían?

—Dirección sur.

—¿Cuál era su destino?

Larry se llevó una mano a los ojos. Parecía abrumado. Aquellas preguntas del teniente, mucho más precisas que las de sus compañeros de Redacción, le ponían en un aprieto. Pareció como si hiciese un terrible esfuerzo de memoria y al fin dijo:

—No lo sé, no lo recuerdo.

—¿Conserva los billetes?

Larry se introdujo nerviosamente los dedos en los bolsillos y empezó a buscar.

Sudaba copiosamente cuando su derecha extrajo tímidamente dos billetes de ferrocarril de segunda clase para el trayecto Nueva York-Hoboken y regreso. Eran del día anterior. Los labios de Ross temblaron al verlos.

—Pero, Larry, muchacho, tú saliste de aquí ayer a eso de las diez

de la noche. ¿Qué cuerno tenías que hacer en Hoboken?

Larry no contestó.

—Esto prueba que en la historia de nuestro amigo hay una parte de verdad —dijo Laxon con calma—, o por lo menos que pueda haberlo. Después de matar a ese hombre, Larry, ¿qué hiciste?

—Regresé al hotel y estuve durmiendo. Bueno, eso es lo que creo que hice.

—¿Ha trabajado hoy normalmente, Ross?

—Con todo normalidad. Hasta te diría que, nuestro amigo ha tenido hoy un día bueno. Todo marchaba como la seda hasta que se puso a mirar la noche a través de una ventana y dijo que había allí la cabeza del hombre a quién mató.

—Eso ya no concuerda tan bien —susurró Laxon, tranquilizando a todos—. ¿Ha escrito nuestro amigo últimamente algún reportaje sobre algún cadáver decapitado? ¿Intervino en el asunto de Sam Clefford? A ese tipo lo decapitaron hace diez días, y supongo que Larry haría el reportaje. No sería nada de entraño que se hubiese sugestionado. Bueno, ¿quiere acompañarme, Larry?

Ross se acercó a él.

—No irás a detenerle, ¿eh, Laxon?

—De ninguna manera. Lo de que este hombre sea un asesino, no lo creo yo hasta que me enseñen el cadáver con un certificado notarial. Vamos a la estación a comprobar este punto de los billetes. Esta misma noche podré decirte algo, Ross. Mientras tanto, estad tranquilos.

Tomó por un brazo, amistosamente, al abatido Larry y lo sacó de la habitación. Fuera aguardaba un coche patrulla.

El patrullero gruñó:

—Pero ¿qué es esto, jefe? ¿No habíamos ido a buscar una de esas rubias?

—Sí, pero se ha teñido. Vamos, adelante. Ya te diré la dirección.

Durante el trayecto, Larry no despegó los labios. Tenía esa mirada típica de los visionarios, de los que están obsesionados por alguna cosa. Laxon le miraba a hurtadillas. Cuando iban a llegar a la estación, preguntó:

—¿Has recordado en el camino el nombre de tu víctima?

Larry negó con la cabeza sin atreverse a hablar.

—¿Por qué llevaba un ataúd?

—Era el suyo. Él sabía que lo iban a encerrar allí.

Laxon tragó saliva y preguntó después:

—¿Quién os vio?

—No lo sé. Algún empleado, supongo. Los billetes están taladrados.

—Ya lo he notado. ¿Fuisteis en el mismo vagón?

—Sí.

—¿Y el ataúd, dónde iba?

—Creo recordar que en la furgoneta.

Aquel interrogatorio parecía absurdo, como absurdos parecían todos aquellos sucesos. Pero estaban llegando a la estación y Laxon ya no podía volver atrás. Dijo al patrullero:

—Aparca junto a la tercera puerta y espéranos. No tardaremos ni diez minutos.

Los dos hombres entraron en el gran vestíbulo. Se notaba a Larry nervioso por momentos, como si de repente fuera recordando cosas alucinantes y terribles. La noche anterior en aquel mismo lugar, él había llegado a un hombre hacia la muerte... Laxon, que aún sujetaba el brazo del periodista, notó que este casi se resistía a andar.

—Un poco de valor, cuerno. Si es verdad que mataste a aquel fulano, peor está él.

Fueron rectos hacia el empleado del andén por donde generalmente salían los trenes para Hoboken, y, confiando que fuera el mismo de la noche anterior, Laxon mostró su placa y preguntó, señalando a Larry:

—¿Conoce a este hombre?

Estaba seguro de que no iban a reconocerlo. Estaba seguro de que toda aquella fantástica historia del muerto, el ataúd y de aquella cabeza que flotaba, iba a empezar a derrumbarse precisamente allí. Pero ante su sorpresa, el empleado articuló:

—Claro que lo reconozco, teniente. Vino aquí ayer a eso de las doce y tomó el tren para Hoboken.

Los labios de Laxon temblaron cuando preguntó:

—¿Solo?

—Nada de eso, teniente. Iba con un tipo vestido de negro al que recordaré toda mi vida.

—¿Y por qué ha de recordarlo?

—Porque me preguntó dónde tenía que depositar un ataúd embalado para que se lo transportaran hasta Hoboken.

II

LA RUBIA Y EL LEOPARDO

El diploma estaba sobre la mesa, colgado de la pared, y acreditaba que el niño Rock Filmore había sido aplicado y obtenido notas altas de conducta en un colegio de Brooklyn en mil novecientos treinta y seis. En la pared frontera, otro diploma acreditaba que Rock Filmore había servido como polizone, en la sección de tráfico durante los años mil novecientos cincuenta y mil novecientos cincuenta y uno. Lo que el diploma no decía era que la hija de uno de los jefes se enamoró de Rock, y este fue expulsado. Por último, un tercer diploma acreditaba que el ciudadano Rock Filmore tenía permiso para ejercer en Nueva York su profesión de detective privado. Este era el único que valía la pena, pero, lo que son las cosas, la gente se fijaba más en el de la buena conducta.

La secretaria abrió la ventana, dijo que hacía un día espléndido y pasó al antedespacho para preparar la correspondencia del día. Porque, aunque parezca increíble, Rock Filmore tenía tantos asuntos que hasta algunos había que despacharlos por carta. Pero ninguno de ellos era de los que dan nombre. Brillantes de poco valor, extraviados, tipos que se fugaban a Venezuela con la secretaria de su socio... Pensando en todos ellos, Rock Filmore, de treinta años, contextura atlética, rostro agraciado, cabellos rubios, traje bien planchado y cartera vacía, se sentía, de mal humor esta mañana.

La secretaria entró minutos después y le dije:

—Jefe, ahí tiene usted una rubia. Pregunta si puede verle, pero yo en su lugar no la dejaría pasar.

—¿Una rubia? ¿Y tiene aspecto de ser una cliente?

—Sí. Viste muy bien. A lo mejor lleva su bolso de cocodrilo repleto de dólares.

—Pues entonces, ¿a qué espera? ¡Hágala pasar enseguida!

—Es que no viene sola, jefe.

—¿No? ¿Y qué importa si viene acompañada? Hágalos pasar a los dos.

La secretaria se encogió de hombros.

—Muy bien, jefe, lo que usted diga.

Salíó, e instantes después abría de nuevo la puerta, haciéndose a un lado presurosamente.

En el despacho entró una rubia acompañada.

Acompañada... por un leopardo.

Pero la rubia era de tal calibre, que Rock ni siquiera se fijó en el felino. Desde sus tiempos de escolar, cuando soñaba con mujeres fabulosas que le querrían cuando fuese mayor, no había visto ni imaginado nada semejante. La desconocida, con sus zapatos de alto tacón, medias de nylon finísimas, conjunto de lana gris que debía haber cortado el mejor modisto de la ciudad, y cabellos arreglados como para ir a un concurso, llenaba el despacho con su presencia abrumadora. Junto a ella, el leopardo, de unos seis meses de edad, pasaba inadvertido. La rubia lo llevaba sujeto por una cadena, pero cuando se sentó lo puso sobre sus rodillas, y empezó a acariciarle silenciosamente.

Rock, sin salir aún de su asombro, se sentó al fin también. Se dio cuenta entonces de que ni siquiera le había ofrecido a tiempo una butaca. Pero ella parecía no haber dado ninguna importancia al detalle.

—Su placa dice que es usted Rock Filmore —aseguró la rubia muy seria—. ¿Tiene tiempo para ocuparse de un importante asunto?

—Si está relacionado con mi profesión, naturalmente que sí.

—Me presentaré —dijo la rubia—. Soy Lena Talbot, escritora sobre temas africanos. Puede que usted haya leído alguno de mis libros.

Rock no había leído ninguno, y lo lamentó no por el libro, sino por la autora.

—Lo siento, leo pocas novelas.

—Mis obras no son novelas, señor Filmore. Son relatos de tipo científico sobre la flora, la fauna y las costumbres africanas. Los botánicos y los zoólogos son mis mejores lectores. He obtenido un permiso especial para tener en mi poder a este leopardo hasta que cumpla un año de edad.

—Supongo —dijo Rock—, que usted no pensará contratarme para cuidar de él durante todo ese tiempo.

—No. Tranquilícese.

La que no parecía tan tranquila era la rubia. Lena debía ser una de esas mujeres que están acostumbradas a que la gente las admire y les deje enseguida paso libre. Es decir, habitualmente, debía actuar con pleno dominio de sí misma. Pero, ahora, por lo que fuera, estaba desorientada.

—¿Un cigarrillo? —ofreció Rock.

Ella lo aceptó.

—¿Quién le ha recomendado que viniera? —preguntó Rock de repente. Sabía por experiencia que el cliente suele ser como la persona que lo recomienda.

—Mi hermano Fred. Él lee todos los semanarios de sucesos y se enteró de que usted tuvo un gran éxito en el caso Donovan. Es un admirador suyo, aunque usted no le conozca. Y al saber que yo estaba preocupada por algo, me aconsejó: «Vete a ver a Rock Filmore. Él te orientará». Y aquí estoy. Pero, con sinceridad, no sé cómo empezar esta fantástica historia.

Rock dio una larga chupada a su cigarrillo y preguntó:

—¿Algún apuro?

—Todos sus clientes vienen aquí porque los tienen, supongo.

—Cierto, pero unos más y otros menos. ¿Es usted la que se encuentra en algún compromiso o viene por cuenta de alguna otra persona?

—Vengo por mi propio impulso, pero el que se encuentra en un apuro no soy yo, sino mi prometido.

Rock abrió tanto la boca que el cigarrillo por poco cae encima de su traje.

—¿Su prometido?

—Se llama Larry Benttam.

«De modo que estás prometida —pensó Rock—. Todas las cosas bonitas de esta ciudad, como tú y el rascacielos Rockefeller ya tenéis dueño. Eso es lo malo».

La muchacha continuaba:

—No sé si usted habrá oído hablar de Larry Benttam. Ha llevado durante mucho tiempo varias secciones en el «Herald», y su firma es bastante conocida. Claro que como aparecen tantos periódicos en Nueva York todo depende del que usted lea.

Rock aseguró que leía el «Herald».

—Pues bien —siguió la muchacha—, mi prometido está detenido desde ayer y a disposición de los polizontes de la Brigada de Homicidios. Al parecer confesó que había matado a un hombre.

—Eso es grave, *miss* Talbot. ¿Ha intervenido ya el fiscal del distrito?

—No, pero hay algo más grave que matar a un hombre.

—¿Qué?

—No matarlo y decir que sí.

Dejando el cigarrillo a medio consumir en el cenicero, Rock preguntó:

—¿Es eso lo que le sucede a Larry? ¿No ha matado a nadie y asegura en cambio ser un asesino?

—Así es.

—Comprenderá que me cueste un poco creerla. En la vida, normalmente, sucede todo lo contrario.

—¡Oh! ¿Cómo podría decírselo? —preguntó Lena rencorosamente—. Necesito que Larry tenga un apoyo y por eso he pensado en usted. Los de la Brigada le destrozarán, le harán firmar la confesión que se les ocurra, lo presentarán atado de pies y manos ante el fiscal del distrito. Podría haber acudido a un abogado para que le consiguiera un «habeas», pero me ha parecido más inteligente recurrir a un detective. Larry tiene en contra suya su propia confesión verbal. Y hace falta que alguien haga comprender a esos mastodontes de la Brigada que él se equivoca y que lo único que necesita es descanso y un buen médico. Si usted es capaz de conseguir eso, le pagaré lo que haga falta.

—Todo parece muy embrollado —dijo Rock moviendo los dedos con cierto nerviosismo—. ¿Por qué asegura su novio que ha matado a un hombre si no es cierto?

—No lo sé; ya le he dicho que no lo sé. Lo que ocurre es que está enfermo y necesita que alguien vele por él. Pero en estas condiciones, antes de llamar a un médico lo que hay que hacer es sacarle de los calabozos.

—¿Ha hecho Larry alguna otra cosa por el estilo antes de ahora?

—Nunca. Larry era un hombre perfectamente normal. Hasta unas horas antes de acusarse de su crimen, nadie hubiese dicho que una cosa así pudiera ocurrir. Larry era un muchacho más bien alegre, dinámico y sin grandes preocupaciones. Ganaba para vivir

más dinero del que podía gastar. Íbamos a casarnos pronto.

—Lo celebro —dijo Rock arqueando las cejas, pero su verdadero pensamiento era: «¡Qué lástima!».

—Lo más extraño del caso no es que mi novio se haya acusado del crimen sin cometerlo —musitó Lena—. Además le ocurren otras cosas más extraordinarias. Según parece, Larry afirma que fue con su víctima en tren hasta Hoboken, que allí cometió el crimen y que el hombre asesinado transportaba su propio ataúd. Todo esto parece un cuento de miedo, y al escucharlo cualquiera diría que no es cierto.

—Es que supongo que en toda esta fantástica historia no debe haber una sola palabra de verdad —dijo Rock.

—Se equivoca. La policía parece haber comprobado que, en efecto, Larry fue hasta Hoboken con un individuo alto, vestido de negro, que transportaba un ataúd.

Esta vez, Rock sí que no puedo abrir la boca del todo.

—¿Dice que la policía ha comprobado todo esto?

—¡Sí, pero es absurdo! —gimoteó Lena mientras las lágrimas estaban a punto de saltar de sus ojos—. ¡Absurdo, absurdo completamente! Si Larry hubiese matado a alguien, ¿por qué se acusaría? ¿Obran los criminales del modo que él lo hace?

—Reconozco que no.

—Pues eso mismo es lo que debe intentar que reconozca la policía. Vaya a la Brigada y haga lo que pueda en favor de Larry. Que busquen el cadáver, que busquen el arma homicida, que busquen, en fin, algo contra él más sólido que sus propias palabras de enfermo. Le daré cinco mil dólares si consigue eso. No soy rica, pero tengo esa cantidad y le pagaré sin arrepentirme.

Rock se puso en pie. La visión de la rubia sentada delante de sus ojos era lo bastante cautivadora para haber permanecido allí una semana entera, pero aquella fantástica e increíble historia de Larry Benttam y del muerto que transportaba su propio ataúd, habían logrado trastornarle. Un deseo vehemente de ver a Larry y hablar con él se había apoderado de Rock en un momento.

—Me pondré a trabajar inmediatamente —prometió.

—¿Necesita algún anticipo?

—No suele pedirlos casi nunca cuando el trabajo es dentro de la ciudad. Ya veremos más adelante. Llámeme mañana.

La rubia también se puso en pie y le tendió la mano.

—Gracias, Rock.

Lo atrajo suavemente hacia sí y le permitió que le besase en los labios.

—Esto es para Larry —susurró ella—. No deje de verle.

Cuando la rubia se hubo marchado, Rock Filmore lanzó una maldición en voz baja.

Aquella mujer era lista. Hay quién liga con unos dólares anticipados y hay quien lo hace con un beso, Lena sabía por dónde andaba.

Luego Rock tomó del cajón central de su mesa, un revólver del calibre treinta y ocho, se lo ajustó en la funda sobaquera y salió. Pero no se dirigió a la Brigada de Homicidios.

* * *

La casa estaba rodeada por un gran jardín silencioso.

Edificada sobre las ruinas de una antigua abadía, su jardín, cincuenta años antes, era todavía un cementerio.

Las primeras sombras del crepúsculo se insinuaban entre los árboles. Pájaros nocturnos emprendían ya sus extraños cantos. Ellos eran los únicos que turbaban el silencio espectral de la casa.

Todas las ventanas de esta estaban a oscuras, menos una.

Rock sabía que aquello se hallaba precisamente detrás de la ventana iluminada.

Sus pasos crujieron levemente sobre la gravilla del camino que serpenteaba a través del jardín. La sensación de soledad y silencio era tan intensa a su alrededor que cualquier otro hombre hubiese sentido miedo, pero Rock no lo sentía porque él mismo era también un muerto.

La casa era de color rojo, de ladrillos viejos, de grandes ventanas góticas junto a las que trepaban las enredaderas. Rock introdujo la mano en uno de sus bolsillos. Abrió, y la cerradura no produjo más que un levísimo chasquido. Toda la casa estaba en silencio. Las fundas de los muebles resaltaban como grandes fantasmas en la obscuridad.

Rock Filmore pasó como un fantasma más en dirección a la monumental escalera que llevaba al piso superior. No encendió ninguna luz. Parecía conocer aquella casa como su propio despacho

de Manhattan. Al llegar al vestíbulo del primer piso, se dirigió sin vacilar hacia una puerta.

Era la que correspondía a la habitación de la ventana iluminada. La abrió sin vacilar.

Buero, allí estaba.

Estaba como el día anterior, como la semana anterior, como estaría siempre hasta que lo sacasen de allí. Allí estaba el muerto envuelto en hielo, dentro de su terrible cámara. Tenía los ojos abiertos y miraba hacia la puerta. Rock sabía que siempre, siempre miraba hacia la puerta.

Entró, dio unas vueltas por la habitación, palpó el hielo y estuvo unos segundos contemplando al muerto. En los ojos de Rock Filmore brillaba una luz penetrante, entraña...

III

EL HOMBRE QUE HABÍA MATADO

El teniente Laxon estaba cómodamente sentado, con los pies sobre la mesa de su despacho y una botella de cerveza al alcance de su mano. Varios emparedados se hallaban sobre una bandeja. Se adivinaba que Laxon había estado muchas horas sin moverse de allí y que pensaba estar otras tantas, quizá toda la noche.

Cuando vio entrar a Rock Filmore emitió un gruñido.

—Pasa, Rock. No te molestes en pedir permiso. Siéntate y toma un emparedado si quieres. Son infectos, pero un polizone no gana para nada mejor.

Rock se sentó, tomó un emparedado y empezó a masticarlo lentamente.

Su mirada vagaba perdida por la habitación. No terminó el bocadillo, y ante la mirada interrogativa de Laxon lo dejó nuevamente sobre la bandeja.

—¿No tienes apetito, eh? Claro, los detectives privados coméis a las horas que Dios manda. Yo, en cambio, llevo aquí desde anoche, y probablemente no me acostaré hasta que amanezca. Habla, Rock. ¿Qué te trae por aquí?

Rock tardó unos segundos en responder. Al fin preguntó:

—¿Dónde tenéis encerrado a Larry Benttam?

—¡Ah! ¿De modo que vienes por él? Ya me extrañaba a mí que nadie hiciera nada. Pero lo normal hubiera sido enviar un picapleitos. Tú poco vas a conseguir.

—Y el picapleitos menos. No creo que obtuviera un «habeas» estando de por medio la confesión de ese chiflado.

—No tan chiflado, Rock.

—¿No? ¿Es que hay algo de cierto en toda esta absurda historia?

—Bueno, verás... Yo tengo la sensación de que me estoy volviendo loco, pero por el momento hemos comprobado que ese tipo dice la verdad en algo: Salió en dirección a Hoboken con un tipo alto y vestido de negro, quien, no sé por qué diabólicas causas, llevaba un ataúd bien embalado. Larry insiste en que al llegar a

Hoboken lo mató. Naturalmente, al principio me eché a reír con esa historia, pero después de comprobar el primer punto ya no sé qué pensar.

Rock, extrajo un cigarrillo y lo encendió calmamente.

—¿Dónde tenéis a Larry?

—En el despacho del jefe. No te preocupes, está bien atendido. Lo tenemos comunicado.

—¿Incomunicado? Por lo menos ha debido hablar con su novia, una tal Lena Talbot. Ella es mi cliente.

—Sabes que se permite hablar con los familiares una sola vez. Al parecer ese no tiene más «familia» que su novia. Esta mañana le ha telefoneado. Controlando nosotros la conversación. Diablos, y la chica tiene una voz pastosa y dulce como la de una *vedette* de Brooklyn que vi la semana pasada. Si se parece en algo a ella, no me extraña que su novio haya perdido la cabeza.

—Es una *vedette* —repuso Rock. Pero su acento era lejano, ausente—. A pesar de estar incomunicado, ¿podré ver a Larry Benttam?

—Si te consideramos a ti como su abogado o algo parecido, es fácil que el jefe te deje. Pero no vas a sacar nada en limpio.

—¿Se niega a hablar?

—¡Qué va! Todo lo contrario. Se harta de decir que mató a un hombre y de dar detalles acerca de su viajecito a Hoboken. Pero no te suelta un solo dato importante: por ejemplo el nombre de su víctima, móviles del crimen, sitio donde ocultó el cadáver y lugar donde se encuentra el arma homicida. Te juro que nunca he visto un caso igual. Parece una cosa de pesadilla. Si pudiese tomármelo a broma, ahora mismo me iba a casa a dormir, pero después de haber oído a ese tipo y pensar que todo puede ser cierto, ¡cualquiera duerme!

—Pero tú estás bregado en toda clase de crímenes, Laxon. A ti ya no hay nada que te asuste, ni siquiera la liquidación de impuestos. ¿Podrías hacerme un resumen de lo declarado por ese hombre? Si hay algo de verdad en lo que dice, conviene ir a lo práctico. ¿Cómo empezó todo?

Laxon explicó a Rock todo lo sucedido en la redacción del «Herald», a partir del momento en que Larry afirmó estar viendo a través de la ventana la cabeza de un hombre que había matado

poco antes. Luego detalló la visita a la estación, el dato de los dos billetes de ferrocarril, el viaje comprobado y las diabólicas circunstancias que coincidían en todo aquello. Afirmó que no podía decir nada más.

—¿Qué otras gestiones se han hecho?

—Pura rutina. Comprobar en Hoboken y averiguar si alguien había visto a Larry y al tipo vestido de negro. Parece que nadie les vio. Después, investigaciones en alcantarillas, aguas del puerto, callejones y lugares donde un cadáver puede permanecer oculto. Sin resultados todavía. No aparece ningún indicio más que ese macabro viaje acompañado del tipo del ataúd. Comprenderás que eso y la confesión son muy pocas cosas para entregar a Larry al fiscal del distrito. Pero tampoco para dejarlo en libertad. El jefe no sabe qué hacer, ¡está desesperado!

—¿Quién es tu superior en este caso? ¿El mismo capitán Thompson?

—Sí, y está arriba dándose a todos los diablos, como yo estoy abajo dándome a todos los demonios. Tengo una idea, Rock: tú entras en el despacho y sonsacas a este individuo. Nosotros escuchamos. Si suelta algún otro dato, el asunto está resuelto.

—Eso no es moral —dijo Rock echando atrás la cabeza—. Larry es mi cliente. Pero comprende que si puedo hacer algo para aclarar las cosas, lo haré. No podemos dejar este asunto como está. ¿Subo?

Laxon se encogió de hombros.

—Bueno, sube.

Larry estaba en el despacho del jefe, y al verle cualquiera hubiese creído que junto a la mesa solo estaba su cuerpo, y que el espíritu vagaba a miles y miles de millas de distancia de allí. Sus ojos vacíos no miraban a ninguna parte.

Rock se colocó frente a él y dijo:

—Me envía Lena.

Pareció como si aquel nombre despertara alguna emoción en Larry, pero enseguida sus ojos volvieron a quedar tan inexpresivos como siempre.

—¿Lena? —balbució.

—Desea que haga por usted todo cuanto esté en mi mano. Soy Rock Filmore, detective privado que en este caso trabaja por usted. De modo que puede confiar en mí. El teniente Laxon saldrá ahora

de la habitación y quedaremos solos. Si hay algo que no se atreva a decir a ellos, conmigo podrá hablar tranquilamente.

Larry apenas le miró. A una seña de Rock, Laxon salió, de la habitación y cerró la puerta.

—He dicho todo lo que sé —musitó Larry. Su voz parecía llegar desde muy lejos, muy lejos—. Yo salí con aquel hombre, fuimos juntos hasta Hoboken, lo maté y luego lo he visto. Pero no me pregunte nada más porque lo ignoro absolutamente todo. ¿Cree que no he tenido tiempo para pensar después de haber estado veinticuatro horas encerrado en este despacho? Ya no me queda un solo detalle para recordar. Si quiere ayudarme, convenza a los policías de que ya no pueden sacar otra cosa de mí.

Rock extrajo un cigarrillo y él mismo lo colocó entre los labios quietos de Larry. Le prendió fuego y musitó:

—Claro, claro que pienso hacer eso. Si los de la Brigada empiezan a atormentarle con interrogatorios, terminará volviéndose loco de verdad. Vamos, fume. Esta misma noche saldrá de aquí.

Brilló una lucecita de esperanza en los ojos de Larry, pero enseguida volvió a quedar abatido.

—¿Usted cree? —preguntó al fin.

—Estoy seguro de ello. Ahora mismo hablaré con el capitán Thompson para que lo deje en libertad. Pero antes charlaremos un rato. ¿Cómo empezó todo, Larry...?

Larry, con voz, monótona, explicó lo que Rock ya sabía. Rock terminó por llegar a una conclusión: O no recordaba nada o se había vuelto loco y aquella era una historia absurda que solo había tenido tiempo de inventar hasta la mitad. Seguramente esa era la opinión de la policía. Rock, después de escuchar las monótonas explicaciones de Larry, dio a este una afectuosa palmada en la espalda y se encaminó al despacho del capitán Thompson.

El capitán Thompson llevaba ya muchos años en la Brigada, y había llegado un momento en que solo le interesaban los crímenes pasionales donde interviniesen mujeres bonitas. Conocía ya la historia de Larry, y esta le había aburrido soberanamente.

Rock dijo:



Arriba, como sentado en un trono

—Creo que deberían dejarlo en libertad, capitán. No tiene sentido nada de lo que dice ese hombre.

—Habla usted así porque Larry es su cliente, ¿no, Rock?

—Esa es cuestión aparte. Si le dejan en libertad, yo no gano nada, porque eso no significa que hayan desaparecido las acusaciones contra él. Trato solamente de que se esclarezca toda la verdad.

—¿De qué modo?

—Manteniendo a Larry en su despacho ya no le sacarán nada más. Está trastornado y acabará por volverse completamente loco. En cambio, si lo dejan libre y es sometido a una discreta vigilancia, tal vez sea posible obtener algún resultado. Tarde o temprano, si el crimen existe, él recordará dónde ocultó el cadáver, y siguiendo sus huellas podemos llegar hasta la entraña del asunto. Creo que esta es la única solución que nos queda, capitán. Pero ¿quiere conocer mi verdadera opinión?

—Nunca es malo saber lo que piensan los otros, Rock. ¿Qué ha sacado usted de todo esto?

—Sencillamente, que ese hombre no ha cometido ningún delito. Todo es un conjunto de casualidades, una especie de maraña en que se ha envuelto él mismo, y de la que ya no debe salir. En mi opinión nos encontramos no ante un asesino, sino ante un enfermo. ¿Qué evidencias hay de que las palabras de ese hombre puedan ser ciertas?

—Una. Que efectivamente tomó el tren para Hoboken y que fue visto en compañía del tipo que ha asegurado mató. Me parece que eso es algo más que una casualidad.

—Reflexione, capitán. Larry pudo tomar efectivamente el tren en compañía de cualquier individuo que facturó un ataúd debidamente embalado. Ninguna de esas dos cosas es delito ni resulta extraordinaria. Diariamente, miles y miles de personas van a Hoboken. Docenas de ataúdes son transportados de un punto a otro de nuestro territorio sin que ocurra nada. Pues bien, Larry realizó ese acto tan normal de tomar el tren, y luego inventó la fantástica historia. En realidad, solo sabemos lo que él mismo ha dicho, fíjese bien en ello.

—¿Y qué gana Larry con esa invención?

—¿Qué ganan los enfermos con tener fiebre? —dijo Rock exhalando una bocanada de humo—. ¿Qué ganan los locos con imaginar sus pesadillas? Larry no es más que un enfermo víctima de sus propios delirios. Ha llegado un momento en que los fantasmas

creados por él mismo le rodean por todas partes, pero yo no creo una sola palabra de lo que dice. ¿Usted no ha tenido pesadillas, capitán?

—Sí, claro... Todo el mundo ha soñado cosas que no le gustan. De todos modos, en este caso no sé qué pensar.

—Reflexione todo el tiempo que necesite, capitán.

Thompson se levantó de su asiento y empezó a dar vueltas por su despacho, con la expresión completamente abstraída. Al fin, pareció tomar una decisión.

—Realmente no hay más camino que el que usted indica, Rock. Cuantas más vueltas doy a este asunto, más pienso que tiene usted razón. Ordenaré que Larry sea puesto en libertad y que se le vigile discretamente. Ante el fiscal del distrito, alegaremos que el atestado está todavía incompleto. Me alegraría que tuviera usted un éxito, Rock, es decir que pudiera demostrar la irrealidad de todas las palabras de ese hombre. Mientras no lo haga así, no le garantizo nada, y puede que mañana mismo le mande volver a detener.

Rock le dio las gracias, le estrechó la mano y salió del despacho. Quince minutos más tarde estaba firmada la orden de libertad y Larry salía de la Brigada acompañado por al detective. Pero no parecía que todo aquello alegrase al repórter del «Herald». Diríase que al encontrarse de nuevo en la calle sus temores arreciaban, y que se derrumbaba la poca confianza en sí mismo que aún había conservado.

—No me deje solo, Rock —pidió angustiosamente—. Sé que si vuelvo a aquella habitación de mi hotel, ante la ventana negra, veré otra vez la cabeza de Ramsay.

Estacan en la calle, caminando poco a poco hacia el «Mercury» rojo de Rock. De repente este se estremeció.

—¿Ramsay? ¿Es que ahora recuerda su nombre?

Temblaba todo el cuerpo de Larry, y sus ojos extraviados parecían presa del más absoluto terror.

—Sí... Ahora lo recuerdo. Se llamaba Ramsay, y ya no era demasiado joven. Ramsay... Sí, eso es. Ramsay era su nombre. Yo lo llevé a Hoboken y lo maté allí.

Rock abrió la portezuela del «Mercury» e introdujo a Larry en el asiento delantero.

—Vamos, olvide eso ahora. Yo le llevaré a su hotel y pediré que

me preparen una cama en su misma habitación. No tema, no le dejaré un momento solo.

Larry pareció calmarse ante estas palabras, pero mientras conducía a poca velocidad y hacia el centro, los ojos de Rock brillaban extrañamente en la noche, como los de un gato al acecho.

IV

HUELLAS EN LA NIEBLA

El capitán Thompson se arrellanó en su asiento y murmuró:
—¡Maldita tarde!

En efecto, el panorama que se divisaba desde la ventana de su despacho, no era muy alentador. La ciudad entera estaba envuelta por una neblina pertinaz que ocultaba todo el estuario del Hudson, y los automóviles tenían que circular por las calles con los faros encendidos a pesar de no ser más que las cinco de la tarde. Nueva York tenía un aspecto triste, y los inmensos bloques de cemento que la forman pesaban como nunca sobre los ojos de los hombres. Esa tarde, todos los habitantes de la ciudad tenían la sensación de hallarse en una cárcel.

Sobre todo el capitán Thompson, que ansiaba volver a su casa y sentarse a leer una novela humorística al amor del fuego. Gruñó otra vez:

—¡Maldita tarde!

El teniente Laxon entró en el despacho y dejó un paquete de fotografías sobre la mesa.

—He aquí las fotos de todos los cadáveres que han ingresado en estos últimos días en el hospital Bellevue. Solo dos procedían de Hoboken, y he mostrado ya estas al tipo de la estación que aseguró haber visto a Larry con un hombre alto vestido de negro. Ninguna de esas fotos le recuerda nada. Asegura que aquel hombre no es ninguno de esos dos muertos.

—Por consiguiente, hemos de convenir en que, o Larry no mató a nadie o es un asesino lo bastante astuto para que el cuerpo de su víctima aún no haya sido descubierto.

—Yo me inclino por la primera posibilidad —dijo Laxon—. Mire, jefe, los asesinatos no suelen marchar de esa manera. En cambio, hay docenas de tíos majaretas que están encerrados o sometidos a vigilancia de la bata blanca por haber dicho la mitad de lo que ha soltado ese repórter. ¿Qué le parece si damos carpetazo al asunto?

Thompson pareció reflexionar.

—¿Qué ha hecho nuestro amigo desde que se le ha puesto en libertad.

—Han estado vigilándole los patrulleros Carey y Gómez —recitó Laxon—. Tienen un coche-radio estacionado junto a la puerta del hotel donde se hospeda Larry. Ese otro tipo, Rock, ha estado haciéndole compañía durante toda la noche. Parece ser que incluso se ha hecho preparar una cama en su misma habitación. Un detalle curioso, jefe.

—¿Cuál?

—Los patrulleros vieron cómo Larry cerraba la ventana igual que un loco. ¡Ni que fuese a entrar un gorila por allí! Luego bajó la persianilla y no la ha vuelto a levantar hasta este momento. Todo lo que han tenido que hacer en la habitación, habrán debido de hacerlo con luz artificial. Rock, al parecer, no se ha separado de él un solo momento.

—¿Cada cuánto transmiten noticias esos patrulleros, Laxon?

—Cada media hora, haya o no haya novedad. Y ha habido una, jefe.

—¿Cuál?

—La novia de ese tal Larry, una rubia espeluznante, ha llegado al hotel hace poco y ha salido con él. Un detalle curioso de esa rubia es que lleva un pequeño leopardo, como otra mujer llevaría un perrito de lanas. Han ido a dar un paseo, seguramente.

—¿Solos?

—Solos, jefe. Pero tengo el servicio bien montado. Otros patrulleros manejando un coche civil, los siguen a poca distancia. Carey y Gómez continúan en su puesto por si alguien se acerca al hotel, pero de todas maneras me parece que es tiempo perdido y que lo mejor que podemos hacer es archivar el caso y tratar de obtener alguna fotografía de la rubia del leopardo para colocar ampliaciones en las paredes de todos los despachos. Ya le tendré al corriente de todo lo que ocurra. ¿Alguna orden especial, jefe?

Thompson se encogió de hombros. Aquella tarde le deprimía. No tenía ganas de nada.

—Ninguna, Laxon. Sigán con ese servicio. A las diez, con lo que haya telefonéeme a mi casa.

Lena Talbot, en efecto, había ido al hotel donde se hospedaba Larry a primeras horas de la tarde.

Encontró también a Rock allí. Rock estaba sentado en una de las butacas de la habitación y a su alrededor yacían los restos de docenas de cigarrillos. A Lena le admiraron la calma y la paciencia de aquel hombre joven, en el que se adivinaba, sin embargo, el nervio tenso de los hombres de acción. Larry, que continuamente miraba hacia la cerrada ventana, apenas reflejó alegría al ver a la muchacha allí.

—Acabo de enterarme de que te pusieron en libertad —dijo ella—. Me sorprende que no me hayas avisado antes, Larry.

—¿Por qué? —dijo él con cierta acritud—. Mejor estaba allí. Mira, Lena, más vale que no te mezcles en esto. Sé que de un momento a otro, cuando menos lo espere, me encontraré con ese muerto, y no quiero que estés tú a mi lado. ¡No quiero que nadie esté a mi lado cuando llegue este momento de horror!

Lena se estremeció, y sus hermosos ojos fueron hacia Rock en muda interrogación.

Rock se encogió de hombros.

—Creo que Larry tiene razón a su manera —opinó—. Está pasando por un mal momento, y cuantas menos personas haya junto a él mejor. Si no le he advertido antes que estaba ya en libertad, ha sido precisamente por eso.

—Temo que usted no me comprenda —dijo Lena—; lo que Larry necesita es un poco de compañía, y si alguien puede hacerle olvidarse de su problema, tanto mejor. He venido para que salgamos a dar un paseo y se distraiga. Supongo que ni usted ni la policía pondrán inconvenientes a eso.

—No —dijo Rock—, pero es seguro que algún patrullero rondará por ahí con los ojos bien abiertos. Durante un tiempo, seguirán a Larry allí a donde vaya.

—Pero ¿nos molestarán?

—Nada de eso. Ni siquiera notarán que alguien les sigue. Eso sí, no intenten dirigirse hacia las fronteras del Estado. Hecha esta advertencia, pueden salir a pasear, y que les haga buen provecho.

Lena trató de animar con una sonrisa al abatido Larry, y salió con él a la puerta del hotel, frente a la que aguardaba el «Pontiac» verde de la joven.

Cuando ellos dos se pusieron a rodar, un coche particular que llevaba dos patrulleros dentro, inició la carrera siguiéndoles a unas doscientas yardas de distancia.

—¿A dónde vamos? —preguntó Larry después de dirigir una mirada recelosa a la niebla que envolvía la ciudad.

—Saldremos a dar una vuelta por las afueras —rió Lena tratando de mostrarse alegre—. No hace una tarde demasiado buena, pero tampoco se puede negar que esta niebla tiene cierto encanto. Conozco un bosque junto a un lago, situado a unas veinte millas de aquí, donde hay un parador. ¿Qué te parece si cenáramos allí juntos?

—Lo que a ti te parezca, Lena.

Por el retrovisor vio la muchacha el automóvil que les seguía, manteniendo siempre unas doscientas yardas de distancia.

—Ya están esos ahí. Tratan de despistar empleando un coche particular, pero la verdad es que no engañarían ni a un niño. Voy a desorientarles. Les daré el esquinazo en cuanto crucemos el río.

Pisó a fondo el acelerador. Las facciones de Larry se crisparon de una forma extraña, igual que si hubiese visto algo horrible junto a sus ojos cuando gritó:

—¡No le hagas, Lena! ¡No lo hagas!

Su voz causó un estremecimiento a la muchacha. El pie que presionaba sobre el gas se alzó súbitamente.

—Pero ¿qué te ocurre, Larry?

—No debemos quedarnos solos.

Las extrañas palabras parecieron flotar en el aire durante unos minutos. Lena quiso mirar hacia el hombre que estaba sentado a su derecha y repentinamente se dio cuenta de que no se atrevía a hacerlo. ¡No debían quedarse solos! ¿Qué significaba aquello?

—¿Qué quieres decir, Larry? —preguntó mientras viraba hacia una carretera secundaria.

—No lo sé, Lena; pero sin embargo, pienso que no debes seguir más tiempo junto a mí. ¡Tienes que marchar enseguida! ¡Tienes que marcharte enseguida o te encontrarás tú también con esa cosa horrible! Mientras los patrulleros nos acompañen nada podrá ocurrir, pero si otra vez me encuentro solo frente a una ventana negra...

Lena sintió que un estremecimiento recorría su espalda, pero no

quiso demostrarlo.

—Vamos, Larry, no sé qué forma de pensar es esa —dijo tratando de reír alegremente. Y luego mirando por el retrovisor—: Mira, ya les hemos despistado. Estamos solos y libres, con toda la tarde a nuestra disposición. ¿No es maravilloso?

Él no contestó. La niebla los envolvía por completo. Los árboles, a ambos lados de la carretera secundaria, no eran más que manchas amenazadoras en aquel mar sin límites de niebla. Parecía como si el coche hubiera atravesado de repente los límites del Más Allá. Pero Lena sabía que todo aquello, al fin y al cabo, no era más que el resultado de unas gotitas de agua colgando en la atmósfera. Nada, de sobrenatural ni de extraordinario había en esta tarde de niebla. Creyó eso hasta que oyó decir a la extraña voz de Larry:

—Déjame conducir a mí.

Ella le miró. Le brillaron los ojos.

—¿Por qué quieres conducir tú, Larry?

—No lo sé. Es como un presentimiento. Déjame.

Ella detuvo el automóvil y descendió para pasar al otro lado. Necesitaba descender para darse cuenta de que aún era capaz de pisar tierra firme. El viento frío la calmó. Sentándose en el asiento que antes ocupara Larry, encendió un cigarrillo y dijo:

—Está bien, tuyo es el volante. Lleva el coche a donde quieras mientras no sea al infierno.

Larry no dijo una palabra. Hizo virar el automóvil y regresaron a la carretera general. No se veía ya rastro del patrullero, que debía haberse desorientado definitivamente. Con la mirada perdida, Larry condujo primero hacia el norte y luego hacia el oeste. Cuando tomaron un camino vecinal que se adentraba en el bosque, Lena se atrevió a preguntar:

—¿Sabes ya a dónde vamos, Larry?

—No, no lo sé.

—Pues conduces con mucha seguridad. Cualquiera diría que te sabes el camino de memoria.

—Te equivocas. Nunca había estado aquí.

Lena se estremeció.

—¿Nunca?

—Sí, nunca. Y sin embargo... ¡Es tan extraño! Sé que he visto esto alguna otra vez. Sé que más allá, a la izquierda, hay una valla

pintada de rojo. Detrás de esa valla hay una madera donde antiguamente estuvo pintado un anuncio, pero en la que ya no es posible leer una palabra. Y más allá, hay una gran casa. Sé que el nombre del dueño está en la puerta, pero al dueño, no lo encontraremos allí. Sé que la gran casa está vacía.

Lena sintió que se estaba mordiendo los labios. Sin darse cuenta, se había clavado también las uñas en las palmas de las manos. Intentando tranquilizarse murmuró:

—Ocurre eso a veces en los sueños, Larry. Es un fenómeno inexplicable, pero que sufren ciertas personas. Uno ve un sitio y de repente piensa que ya estuvo allí. Eso mismo es lo que debe estarte ocurriendo, no hagas caso.

Él apenas movió los labios para decir:

—La valla roja.

Entre la niebla se distinguía vagamente aquel color de sangre. La valla continuaba durante yardas y yardas, hasta romperse de pronto en un gran cartel. Seguramente, en otros tiempos, hubo allí un anuncio, pero ahora resultaba imposible leer una sola palabra. Lena, que no había creído en los presentimientos de Larry, se dio cuenta ahora de que habían entrado en el reino de lo fantasmal. No tuvo ninguna sorpresa, pero sí un arrebató de miedo, cuando Larry murmuró:

—La casa.

En efecto, la casa estaba allí. Un descuidado e inmenso jardín la rodeaba. Junto al camino un descolorido cartel anunciaba: «Bavarian House. Property of Mr. Adolf Schuter».

—El nombre del dueño —exclamó Lena queriendo mostrarse alegre a pesar de todo—. Tengo el presentimiento que, pese a tus palabras, lo encontraremos aquí, Larry. Seguramente es un tipo la mar de divertido que nos invitará a pasar el fin de semana en su finca. ¿Qué te parece si aceptásemos?

—No lo encontraremos en la casa —dijo Larry con voz ronca.

—¿Y por qué no?

La respuesta de Larry le heló la sangre en las venas.

—Porque el dueño de esta casa murió hace dos noches. Lo maté yo mismo.

Era como una pesadilla. La niebla se había espesado tanto que apenas podían ver la casa de ladrillo rojo, oscurecido por la humedad y por las plantas que trepaban hasta el tejado. Lena se llevó una mano a los ojos y los cerró. No quería ver a Larry ni aquella extraña mirada que flotaba en sus pupilas. Cuando él la tomó suavemente por las muñecas para apartarle las manos, Lena estuvo a punto de gritar:

—Pero ¿qué te pasa, muchacha? —la voz de Larry parecía haberse suavizado un poco.

—¿Yo? Es que... ¿Ya volvemos a estar con esa historia, Larry? ¿Es que no puedes quitártela de la cabeza?

—Nadie puede quitarse de la cabeza un asesinato que sabe que ha cometido.

—¡Pero si tú dices que jamás habías estado aquí!

—Cierto, no había estado nunca.

Ella le apretó los brazos convulsivamente.

—Larry... Si eso fuera cierto, ¿lo mataste en esa casa? ¿Está su cadáver todavía ahí dentro?

—No, Lena —dijo él desmayadamente—. Si es por eso no temas. Ya te he dicho que lo llevé a Hoboken y que allí ocurrió todo. Hoboken está muy lejos de este lugar.

—Pero ¿le viniste a buscar a esta casa? ¿Por esto conoces el camino?

—No lo sé, Lera. ¡No sé absolutamente nada de todo esto! Lo único que puedo asegurarte es que, si me dejaran solo en esta casa, podría señalar exactamente cuáles son sus habitaciones y dónde están situados todos sus objetos. ¡Y nunca había estado aquí!

El miedo se posó como una mano fría en la espalda de la muchacha. Sentía como si de entre la niebla fuesen a aparecer de un momento a otro las manos del muerto. Todo aquel clima irreal, fantástico, de pesadilla, la envolvió por completo. Y de repente Lena despertó:

—¡Pero, Larry! —gritó impulsivamente—, tú dijiste que el hombre a quién habías matado se llamaba Ramsay! ¡El teniente Laxon, cuando telefoneó esta mañana, me dijo que tú le habías contado eso a Rock, y que era una acusación más, pero que estabas en libertad! ¿Por qué ahora afirmas que el muerto es Adolf Schuter? ¿No te das cuenta de que todo son sueños sin sentido? ¡Si eso fuese

cierto, no podrías confundir los detalles, Larry! ¡No es más que una pesadilla!

La exclamación pareció sorprender a Larry, que cerró los ojos un momento, reflexionando. Y en verdad, pareció no saber qué decir. Era cierto que primero afirmó haber matado a un tal Ramsay y luego a un tal Adolf Schuter, dueño de aquella casa. Lena casi abrazó a su prometido. ¡Había logrado demostrar al fin que él no era culpable! ¡Había dado con algo capaz de probar que todo aquello no era más que un verdadero sueño!

De todos modos, Larry, temblando, musitó:

—Vamos hacia la casa.

Fueron. Sus pies se hundían en la hierba húmeda. No hacían ningún ruido al andar. Todas las ventanas de la casa estaban cerradas y negras.

Los ojos de Larry no se apartaban de esas ventanas.

—No podemos entrar —susurró Lena—. Ya ves que la puerta está cerrada. No pretenderás que la derribemos, ¿verdad?

—La puerta está cerrada, pero hay otra más pequeña, en la parte sur, que está abierta. Podemos entrar por allí.

—Larry... ¿Cómo sabes... que está abierta?

—Yo entré por allí y la dejé así.

Lena sabía que aquella puerta no existía más que en la imaginación de Larry. Indudablemente, pasaba lo mismo que con los nombres. Confundía los detalles de la pesadilla y creía vivir de verdad cosas que no habían sucedido nunca. Pero cuando, en la parte sur, apareció una puertecilla abierta, Lena sintió que la mano helada penetraba de nuevo veloz hasta los mismos huesos de su espalda.

Su instinto le aconsejaba salir corriendo de allí; sin embargo, no podía dejar a Larry solo en aquella situación. Él andaba como un autómatas. Penetraron por la puertecilla y él murmuró:

—Estamos en la parte destinada a la servidumbre. Adolf casi nunca venía por aquí, pero esa noche nos encontramos en aquel rincón, ¿ves? En aquel rincón.

Indicaba un ángulo de la pieza, cubierto de polvo como todo en la casa, pero donde se veían las huellas de dos pares de zapatos correspondientes a distintos pies. Era evidente que dos personas habían estado allí no mucho antes, seguramente la noche que Larry

indicaba. El estremecimiento que Lena pugnaba por contener le recorrió de arriba abajo la espalda.

—Unas de esas huellas, ¿corresponden a tus zapatos, Larry?

Él, por toda respuesta, se acercó a aquella zona y dejó marcados sus pies sobre el polvo. Las huellas coincidían exactamente. ¡Por lo tanto era cierto que había estado allí!

Larry recogió del suelo un pequeño objeto y lo tendió a Lena Talbot. Esta lo tomó con mano no demasiado firme. Era un botón de americana masculina.

Los hilos que aún estabas adheridos a él, eran de color gris.

—Larry, ¿qué significa esto?

—Nada. Estaba ahí, y por eso te lo doy. Debes guardarlo.

—Pero creo recordar que tú no tienes ningún traje gris con esa clase de botones.

—Claro; es del otro, el muerto.

De improviso se acercó a Lena otra vez, y sus ojos brillaron en la obscuridad como los de un felino.

—¿Es que no crees en la existencia de ese hombre, muchacha? ¿Y si ahora mismo estuviese muy cerca de ti? ¿Qué otra prueba necesitas que digo la verdad?

Lena sintió que las lágrimas quemaban en sus ojos y tuvo que hacer un terrible esfuerzo para no lanzar un grito y salir huyendo de allí.

—¡Larry... todo eso es horrible!

—Pero necesito salir de dudas, muchacha. He de registrar esta casa. Quédate aquí mientras yo voy a los pisos superiores. No te muevas oigas lo que oigas ni veas lo que veas.

Los nervios de Lena estaban ya deshechos. No podía más, no podía resistir otro minuto aquella situación.

—Pero ¿te das cuenta, Larry? ¿Dices que te espere aquí completamente sola? ¡No puedo! ¡No puedo ni podría nunca! ¡Tenemos que salir de esta casa!

—Haz entonces una cosa —dijo él con una extraña calma—. Vuelve al coche y aguárdame hasta que vuelva. Allí no corres ningún peligro.

—Pero ¿tú no vas a venir, Larry?

—Es absolutamente necesario que registre esa casa.

Lena comprendió que no le haría cambiar de opinión y apretó

mucho los labios como para darse fuerzas. Miró a la puerta por dónde tenía que salir y se dijo que antes de diez segundos ya estaría corriendo como una loca hacia el coche.

Larry empezó a subir las escaleras hacia el piso superior. Lo hacía lentamente, como un autómatas. Parecía un muerto que regresa a su tumba. Lena se maravilló que pudiera querer a un hombre así, de que en aquel mundo de pesadilla aún pudiera existir amor, y sentimientos, y vida.

Antes de que se diera cuenta, él ya había desaparecido de sus ojos.

Miró hacia la puerta. Esta no se movía, y todo estaba tan silencioso a su alrededor que la muchacha tuvo otra vez la sensación de que se hallaba viviendo un absurdo sueño, del que pronto despertaría. Esta sensación se desvaneció instantáneamente, cuando otra vez la terrible realidad vino a erizar todos los cabellos del cuerpo de la muchacha.

Frente a ella, en el lugar que poco antes ocupara Larry, había una puerta abierta. ¡Y ella hubiese jurado que cuando entraron estaba cerrada!

El grito se ahogó en su garganta.

Junto a la puerta se iniciaba un pasillo, y Lona creyó distinguir al fondo mismo como una lejana luz. No sabía si era una ilusión de sus sentidos o algo cierto y tan inexplicable como todo lo que antes había sucedido, pero la muchacha sintió que sus pies se habían clavado en el suelo y que su ser se negaba a avanzar o retroceder un paso.

Transcurrió un largo minuto.

El silencio era obsesionante. De repente los nervios de Lena sufrieron una sacudida.

Se mordió los labios de nuevo y echó a correr en dirección a la puerta que acababa de abrirse.

Hay dos maneras de luchar contra el horror: escapar o chocar con él, hasta intentar ahogarlo. Lena eligió esta última forma.

De repente se encontró en el pasillo. Todo estaba silencioso a su alrededor. No sucedía nada.

Hasta que una mano se posó en su espalda.

V
LOS PASOS DEL MUERTO

El grito partió entonces incontenible de la garganta de la muchacha. Todo el miedo que había estado conteniendo hasta entonces, escapó con aquel alarido angustioso que pareció llenar de extrañas resonancias la casa. Lena se volvió de repente, creyendo que iba a encontrar alguna horrible aparición, y entonces la realidad le demostró de nuevo que no hay horribles apariciones en el mundo de los vivos, y que los hechos, cualesquiera que sean, suceden a pesar de todo con lógica. El hombre que estaba a sus espaldas no era ningún muerto ni un ser deforme, sino un hombre joven y a quién ella conocía bien. Se trataba del detective privado Rock Filmore.

—¡Oh, ha sido horrible! ¡Horrible! —murmuró.

Él preguntó con calma:

—¿Qué es lo que ha sido horrible?

—No lo sé. No sabría decirlo. De repente he creído que Adolf Schuter estaba de nuevo ante mí.

—¿Adolf Schuter? ¿El dueño de esta casa?

—¿Es que también conoce usted ese detalle?

—No tiene nada de particular. Ahí fuera hay un cartel que lo dice.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Les fui siguiendo cuando salieron del hotel. Usted me paga para que encuentre pruebas de la inocencia de Larry, y en aquella habitación no iba a encontrarlas. Afortunadamente sé seguir un rastro mejor que los patrulleros, y a mí no han podido desorientarme. Dígame: ¿dónde está Larry ahora?

—Ha dicho que quiere registrar el resto de la casa.

Larry apareció en aquel momento. Venía muy pálido y parecía haber oído el grito de angustia de Lena. Al encontrarse con ella y con Rock, casi tuvo un sobresalto.

—¿Qué ha ocurrido? —balbució.

—Nada —pudo decir la muchacha—. Noté que alguien estaba a

mi espalda y tuve un acceso de nervios, pero afortunadamente era Rock. Él nos ha seguido para buscar pruebas de tu inocencia.

La frase dejó indiferente a Larry. Daba la sensación de estar tan convencido de su culpabilidad que todo aquel trabajo de Rock Filmore le parecía inútil.

Después de unos instantes de reflexión, susurró:

—Gracias de todos modos por querer ayudarme, señor Filmore. Pero ya hay pruebas concluyentes de que yo estuve aquí. Fíjese en esas huellas. Desgraciadamente, Lena ha sido testigo de que ya estaban marcadas cuando hemos entrado en la casa. Fíjese también en el botón que lleva en la mano. Lo hemos encontrado exactamente junto a esas huellas.

—Un botón no puede significar nada —dijo Rock encogiéndose de hombros—. Usted es reportero de sucesos y sabe eso tan bien como yo.

—Está obligado profesionalmente a creer en mi inocencia —murmuró Larry—, y por eso habla como habla. Comprendo que tengo que agradecerérselo, señor Filmore y más aún mi prometida, pero no creo que ese camino nos lleve a ninguna parte. ¿No sería mejor hacer que me procesaran de una condenada vez?

Rock encendió un cigarrillo con movimientos calmosos. Parecía que por el mero hecho de estar él allí, la atmósfera se hubiera calmado y se hubiese diluido el miedo. Como si estuvieran conversando en un club, Rock murmuró:

—Necesita calmarse, Larry. No hace falta decirle que el fiscal del distrito no le hará procesar basándose tan solo en su confesión. El mundo está lleno de majaretas que afirman haber cometido crímenes absurdos, y si todos ellos fuesen procesados, seguramente habría que doblar el número de jueces en nuestro país. Hacen falta pruebas y no simple palabrería. Perdóne que sea tan rudo, señor Benttam, pero insisto en que usted necesita descansar y estar aislado de todos una temporada. Vamos, le invito a volver a la ciudad. La niebla se está levantando y ya se ven mejor los caminos. ¿Qué opina usted, Lena?

Lena tuvo que reconocer que las palabras del hombre la habían calmado casi por completo.

—Rock Filmore tiene razón —dijo—. Todo lo que ha ocurrido hoy no significa nada, y además está el hecho evidente de que tú

dijiste haber matado a un tal Ramsay, y luego has afirmado que el muerto se llamaba Adolf Schuter. Date cuenta de que todo esto no tiene sentido, Larry.

Los ojos de Rock relampaguearon, pero solo fue un instante.

—Estoy de acuerdo con usted, Lena. Y ahora regresemos a la ciudad.

Regresaron en silencio. La niebla se había levantado y los exteriores de las casas ya no eran tan fantasmales como antes. Cuando atravesaron el Hudson a la altura de Riverside Drive, entre las nubes se insinuaba incluso algún tímido rayo de sol.

Primero dejaron a Lena en su casa, una confortable villa rodeada de un cuidado jardín en un barrio residencial, y luego Rock acompañó a Larry Benthall hasta el hotel donde vivía.

Por el camino no cruzaron una sola palabra. Larry estaba silencioso y huraño como si la confianza que depositaban en él le ofendiera en lugar de agradarle. Rock comprendía muy bien su estado de espíritu y evitaba, hacer comentario. Cuando llegaron a la puerta del hotel, prometió:

—Es posible que pase esta noche con usted, amigo. Le aconsejo que no se mueva de su habitación. En todo caso llegaré alrededor de medianoche.

Larry se volvió hacia él con expresión ansiosa. De repente su rostro había cambiado y volvía a tener la presión angustiada del que ve desplomarse el cielo sobre a él.

—¿Qué va a hacer con ese botón que encontramos en la casa? Ya me he fijado en que Lena se lo ponía en la mano.

—Puede ser una prueba contra usted, Larry, y en ese caso mi obligación de detective privado que trabaja por su cuenta sería destruirla, pero mi deber de ciudadano es ponerla en manos de la policía. Ya le diré algo dentro de unas horas. Buenas tardes.

Rock dejó el coche de Lena en el aparcamiento y emprendió a pie el camino hacia la Brigada. Su automóvil había quedado cerca de la casa de Adolf Schuter. Aquella misma noche pensaba volver a buscarlo allí.

La Brigada estaba situada cerca de su despacho. Antes, Rock pasó por él.

Su secretaria, quien se había pasado todo el día puliéndose las uñas y examinando si había alguna carrera en sus medias de nylon,

le dijo al verle entrar:

—Un mensaje para usted, jefe.

—¿Un mensaje? ¿Quién lo ha traído?

—Un repartidor de una casa comercial. Me ha dicho que era importante. Puede ser un anuncio, pero por si acaso lo he guardado en la caja fuerte.

Rock agradeció la precaución de la secretaria con una sonrisa.

—No creo que sea nada de interés. De todos modos, gracias, Iris. Puede marcharse, ya, si lo desea.

La muchacha no lo deseaba. Miró a Rock de una forma extraña y preguntó:

—Jefe, ¿no ha encontrado muy especial a esa chica del leopardo?

Rock, que ya iba a entrar en su despacho, se volvió para mirarla.

—¿Extraña? ¿Por qué?

—Por lo del leopardo, por su modo de conducirse... En fin, no sé. Creo que es el caso más raro que hemos tenido desde que se estableció en la ciudad, jefe.

—En efecto, puede que sea el más raro. Pero lo resolveremos, Iris, no se preocupe. Buenas tardes.

Rock entró en su despacho, maniobró los resortes de la caja fuerte y extrajo el mensaje a que Iris se había referido.

Era un anuncio en papel comercial de una casa de maquinaria para oficina donde Rock había comprado los pocos cachivaches que tenía en su despacho. Le decían sencillamente:

«Distinguido cliente:

“Le recordamos que nuestra exposición de maquinaria moderna para toda clase de trabajos de oficina, solo estará abierta hasta el día veinticuatro del corriente mes. Nos encantará su visita porque estamos seguros de que algunos modelos habrán de merecer necesariamente su interés. Agradecemos la atención que pueda prestar a esta carta y nos repetimos s. s...».

Rock extrajo un encendedor, quemó la nota y depositó los diminutos restos en un cenicero.

Luego se sentó en el sillón frontero a la mesa y quedó

profundamente pensativo.

* * *

Serían aproximadamente las diez de la noche cuando Rock tomó un gran plano de la ciudad y lo extendió sobre la mesa.

El plano estaba dividido en ciento cincuenta secciones, es decir que Nueva York figuraba partida en aquel papel, por decirlo así, en ciento cincuenta pedazos. Rock recordaba perfectamente el único número que había en el mensaje recibido aquella misma tarde: el veinticuatro.

Cada una de las secciones del plano indicaba una zona no demasiado grande. Rock se fijó en la número veinticuatro y vio que correspondía a una zona de la Battery, donde debían ser oficinas. No era fácil que a aquellas horas la zona estuviera demasiado habitada. Dobló el plano, lo introdujo en uno de los cajones de su mesa y salió del despacho. La noche había refrescado. Entró en un “Drug-Store” y tomó unos cuantos emparedados y café. Luego llamó desde allí a la Brigada, a donde al fin había renunciado a ir, y preguntó por el teniente Laxon. Este aún continuaba allí.

—¿Qué hay, Rock? ¿Has encontrado ya pruebas de la inocencia de tu cliente? Debes darte prisa porque el capitán ha preguntado ya dos veces por él. A lo mejor se le ocurre detenerle de nuevo.

Rock masculló:

—No te llamo por eso, Laxon. Mañana por la mañana te enviaré un botón para que lo hagas estudiar en los laboratorios del F. B. I. Me gustaría saber todo lo que pueda sacarse de una cosa así: modelo, fabricante, tipo de traje, huellas... En fin, si yo pido al F. B. I. que lo estudien, no me harían caso; vosotros podéis hacerlo por conducto oficial, ¿me harás ese favor, Laxon? Te advierto que ese botoncito está relacionado con el caso Larry Benttam.

Laxon prometió:

—Haré lo que sea necesario. ¿Vas a pasar otra noche con ese visionario?

—Puede. No me atrevo a dejarle solo porque es capaz de cometer alguna locura. Gracias, Laxon. Buenas noches.

Colgó y volvió a llamar a otro número, este correspondiente a un instituto de belleza.

—Hallo. Ici le «Beaotifoul Face». ¿Qué desea?

—Quisiera saber cómo puedo distraerme esta noche.

—Lea el suplemento del «New York Times». Es muy interesante. Buenas noches.

Rock colgó cuando desde el otro lado le llegó el suave chasquido del auricular.

Salió del establecimiento y se dirigió a la zona de la Battery que ya había visto señalada previamente en el plano de la ciudad.

Sabía que un lugar de esta zona encontraría a un hombre leyendo el suplemento de «New York Times». Era cuanto necesitaba.

* * *

El teniente Laxon arrugó el periódico de la noche mientras entraba en el despacho de su jefe. El capitán Thompson terminaba de beber una taza de café que tenía sobre la mesa. Iba a marcharse ya. Era endiabladamente tarde.

—No sé qué ha ocurrido hoy —suspiró el capitán—; se me ha ido el tiempo de las manos de una manera extraña. ¿Qué hora tiene usted, Laxon?

—Casi la medianoche, jefe. Ya es hora de irse a la cama, diablos.

—Mañana no tendremos turno hasta después del almuerzo. No nos quejemos, Laxon.

—No me quejo, jefe. He venido solo para preguntarle si ha leído las noticias. Parece que ningún periódico comenta lo que le ha ocurrido a ese reportero, a Larry Benttam. No me diga que no es una gran suerte el que a uno le dejen trabajar en paz.

Thompson suspiró:

—He hecho que un médico examine a Larry.

—¿Sí? ¿Cómo?

—He mandado a Forbes, uno de los mejores de la plantilla. Esta tarde, hacia las ocho, ha entrado en la habitación de ese hombre fingiendo que iba a reparar una avería en el teléfono. Nada de particular; simple pretexto para hacerle preguntas. En opinión de Forbes, ese hombre es normal. Si dice que ha matado a un fulano, puede que haya algo de verdad en ello.

—¿De modo que usted cree en esa historia?

—No hay razón para pensar ni en pro ni en contra de ella. Cierto que no ha aparecido ningún cadáver, pero las palabras de Benttam no me suenan a hueco. Son demasiados detalles. Por ejemplo... ¿qué

significa eso del ataúd enviado a Hoboken?

—Puede ser una broma demasiado pesada —opinó Laxon.

—No lo creo. La gente como Larry no gasta bromas de esa clase. Puede arruinar su profesión. Mire, Laxon, he estado revisando todos los envíos hechos a Hoboken últimamente desde la estación de mercancías. No se facturó ningún ataúd, aunque aquel tipo preguntase al empleado qué era lo que tenía que hacer para facturar uno. De todos modos hay una cosa curiosa, Laxon.

—¿Cuál?

—No sé si tiene importancia. Casi no me atrevo a decirla. Un carpintero hizo un envío desde Hoboken a una oficina de Wall Street. Consistía en maderas. No sé, fue como una asociación de ideas. No tiene significado, pero he estado dando vuelta y vueltas a lo mismo. No me lo quito de la cabeza. Oiga, Laxon, ¿tiene usted mucha prisa por llegar a casa?

Laxon comprendió que había llegado el momento de hacer méritos delante de su jefe.

—¿Yo? Soy soltero, capitán, pero aunque fuera casado...

—En tal caso vamos a dar una vuelta por Wall Street, Laxon. Aquel envío iba dirigido a una oficina cuyo nombre recuerdo. ¿Sabe lo que he estado pensando, teniente? No me haga caso ni se eche a reír, pero pienso que con las maderas preparadas podría construir el ataúd hasta un niño. Bueno. Vamos, diablo. Si no, ninguno de los dos dormirá esta condenada noche.

VI EL TRONO DEL MUERTO

Rock alcanzó la altura de Wall Street. Iba a pie y no parecía tener prisa por llegar a ninguna parte. Aquella zona de la ciudad estaba casi completamente desierta a medianoche. Los grandes rascacielos dormían y en sus ventanas no se advertía un solo parpadeo de luz.

Rock llevaba ya recorrida casi toda la zona. Sabía que pronto iba a encontrar lo que buscaba. El hombre que paseaba lentamente sin levantar la cabeza como si esperase a alguien leyendo el suplemento de «New York Times». Casi tropezó con él.

Rock llevaba prendido en los labios un cigarrillo sin encender. Extrajo su encendedor y este no funcionó. Rock sabía que no funcionaría. Pidió fuego al del periódico. Para cualquiera que los hubiese observado, aquel encuentro tenía aspecto de ser absolutamente casual.

El del periódico, lo dobló y ofreció lumbre a Rock. De sus labios salieron tan solo unas breves palabras.

—La casa de mi izquierda, último piso. Todas las cerraduras son sencillas. Un hombre solo.

—¿Novedades?

—Creo que solo un gran paquete para ese piso. Maderas. Han llegado a última hora de esta tarde.

—No tiene sentido. Gracias. Puede marcharse.

El otro hizo un gesto con la cabeza, desdobló su periódico y siguió leyendo unos minutos más, consultando su reloj con impaciencia, como el que espera a una persona que no acaba de llegar nunca. Luego se alejó.

Rock pudo franquearse la entrada principal sin grandes dificultades. El edificio entero estaba dedicado a oficinas, y debían ser centenares de personas las que tenían la llave de la puerta. La cerradura era muy sencilla. El conserje ya se había retirado. No había en aquel edificio ningún vigilante especial.

Rock utilizó el ascensor solo para una parte de su camino. Los

últimos doce pisos los subió a pie. Aquello no era una broma, pero él trepaba con la agilidad y suavidad de un gato. El último piso, que era el más destartado de todos ellos, parecía dedicado exclusivamente a archivo y desván de las oficinas situadas en los pisos inferiores. Al parecer durante días enteros nadie se acercaba allí, y el silencio era absoluto. Por una ventana, al fondo de un corredor, se distinguía la luz pálida y blanca de la luna. El enorme bloque de acero y cemento estaba tan silencioso como un cementerio. Rock tuvo plena conciencia de aquella soledad.

Había allí siete puertas. Rock supo que distinguiría una de ellas por cualquier detalle que no iba a pasarle inadvertido. Aquella clase de señales eran muy eficaces, pero había que poner en ellas extrema atención. Esta consistía simplemente en los restos de un cigarrillo dejados caer en un rincón, de modo que nadie los pisase, junto al quicio de una de las puertas. Rock solo tuvo que fijarse unos segundos para advertir que el cigarrillo era de la misma marca que el que estaba fumando el hombre del «New York Times».

Esta nueva cerradura tampoco resistió. Rock se encontró ante unas altas y empinadas escaleras que subían hasta otro piso superior, una especie de torre en el rascacielos. En lo alto de aquellas escaleras, mirándole, erguido, impresionante, había un hombre sentado en un sillón de ruedas.

La inmovilidad de aquel hombre era sencillamente espantosa.

Rock, desde abajo, lo miró. Sus ojos se entornaron mientras cerraba poco a poco la puerta. No produjo el menor chasquido. Las tinieblas y el silencio le rodearon como si acabase de cerrar la puerta de su propia tumba. Arriba, el hombre no se movió. Las escaleras que subían hasta él eran como los peldaños que llevan a lo alto de un trono. Desde algún lugar pareció llegar una ráfaga de viento, y las ruedas de la silla chirriaron muy levemente.

Rock fue ascendiendo poco a poco. Las escaleras eran tan empinadas que daba la sensación de que el hombre de la silla, a poco que se moviera, caería sobre él. Había al menos treinta peldaños, una considerable altura. El de la silla y él estaban tan solos en aquel pedazo de mundo, entre la tierra y el cielo, como si les hubiesen dejado en una isla desierta. Rock llegó hasta arriba, pasó junto al de la silla y evitó mirarle.

No quería que sus ojos se posaran apenas en él. Avanzó un poco más y se encontró en el centro de un pequeño vestíbulo al cual conducían aquellas escaleras. Tres puertas más se abrían en aquel vestíbulo. Todo estaba cubierto de polvo y habría dado la sensación de que nadie se acercaba por allí a no ser por las huellas de pisadas humanas que se advertían de un lado a otro de la pieza.

El detective buscó un ángulo oscuro, se fundió en las sombras y estuvo allí tan quieto como un muerto, tan quieto incluso como el individuo de la silla. Los minutos fueron transcurriendo lentamente.

* * *

Thompson y Laxon dejaron el coche patrullero a dos manzanas de distancia. El resto del camino lo hicieron a pie porque no les interesaba llamar la atención. De todos modos no era fácil que alguien se fijara en ellos en aquella calle absolutamente desierta.

Al llegar a la altura del edificio donde poco antes se introdujera Rock, Thompson susurró:

—Era esa.

—¿Quiere decir que ese es el lugar donde ha sido entregado el envío de maderas?

—Justo. Puede que esto sea un descrédito a sus ojos, Laxon, pero eso de los envíos no me ha parecido natural. ¿Quiere que intentemos subir?

—Olga, capitán, todo esto está más solo a las doce de la noche que el cementerio nacional de Arlington. ¿Es que tiene muchas ganas de ver todo lo que mandan a los carpinteros del país? No creo que saque nada en limpio, pero si usted lo quiere, vamos allá.

—¿Lleva usted su llave maestra, teniente?

—Nunca suelto la ganzúa. Va bien en algunos casos, como por ejemplo cuando uno llega tarde a casa.

Los dos hombres se dirigieron a la puerta.

* * *

Rock llevaba más de cinco minutos inmóvil. Sabía que algo iba a suceder. Su derecha estaba quieta junto a la funda axilar. Había allí un revólver con seis balas. Rock era de los que solo necesitan seis balas para matar a seis hombres.

Una de las puertas del vestíbulo se abrió entonces poco a poco. Un rayo de luz se proyectó sobre el suelo. Rock vio la figura humana que avanzaba hacia la silla. Contuvo la respiración. La figura humana avanzó.

Rock sabía lo que iba a suceder, o más bien lo imaginaba; sabía que el hombre sentado en el sillón de ruedas iba a ser empujado escaleras abajo, y que los empinados peldaños significarían su destrucción. La distancia hasta la puerta, más abajo, era de al menos diez yardas de desnivel. El hombre iba a morir sin que nadie en aquella inmensa torre solitaria oyese el estrépito que producirían su silla y sus huesos al romperse. Pero a pesar de saber todo eso, Rock Filmore no se movió.

El que avanzaba era un hombre de unos treinta años, alto y robusto, con esa agilidad en los movimientos de los que han estado practicando el deporte durante toda su vida. Se aproximó por la espalda al de la silla de ruedas y empujó con todas sus fuerzas.

La silla resbaló sobre el primer peldaño y se precipitó hacia el fondo de las escaleras con un fenomenal estrépito. La figura humana que estaba sentada en ella saltó como impulsada por un resorte, rebotó en los peldaños, mientras la silla se hacía pedazos, y él, al fin, chocó contra la puerta y la pared del fondo. Allí se hizo pedazos.

El hombre que estaba arriba quedó boquiabierto al darse cuenta de que lo que había empujado escaleras abajo, hacia la muerte, no era un ser humano. Sus ojos se dilataron de asombro cuando advirtió que lo que estaba roto y despedazado como un muñeco unas yardas más allá no era sino eso: un muñeco. Iba a retroceder, sin haber salido aún de su asombro, cuando la voz de Rock silbó:

—Quieto, amigo.

El otro se removió como una serpiente. Sus manos trazaron una especie de fantástico círculo en el aire, y de repente en su derecha apareció un pesado «Magnum», el revólver de mayor calibre que existe en el mundo. El «38» de Rock casi parecía un juguete a su lado. Pero un juguete que Rock sabía manejar muy bien.

Las dos balas se cruzaron en la penumbra de la habitación. La del «Magnum» hizo un hueco en la pared, junto a la cabeza de Rock. La del «38» encontró en su camino la carne de su enemigo. Rock no había tirado a matar, contando con inmovilizar a su

adversario pero este era más duro de lo que creía.

El detective tuvo que deslizarse al suelo para evitar el próximo balazo de su adversario. Otra vez el «Magnum» se llevó por delante parte de la pared, pero sin alcanzar a Rock. Este, un verdadero especialista del «38», tiró ahora a matar. Sabía hacerlo. Las dos balas que disparó seguidamente fueron rectas hacia la cabeza del enemigo y quedaron dormidas allí. Rock se levantó poco a poco.

No era fácil que alguien hubiera oído los disparos ni el estruendo de la caída en aquella torre aislada en la cúspide de un edificio construido a prueba de sonidos. Podía, pues, trabajar con tranquilidad. Examinó al muerto, y vio, que en efecto, debía tener unos treinta años. Era un tipo vulgar, rudo, un verdadero asesino alquilado para misiones poco delicadas. Un tipo de los que prefieren matar a uno lanzándole escaleras abajo porque es más espectacular. Rock buscó en sus bolsillos y encontró documentación a nombre de Charlie Sistering, seguramente auténtica. La dejó en los bolsillos de su víctima y, sin tocar nada más, pasó a la habitación de la cual había salido aquel hombre.

Ahora pudo comprender por dónde había podido llegar aquel tipo hasta allí. Seguramente, en las horas de mayor ajetreo de las oficinas, había subido hasta el tejado, ocultándose y esperando la llegada de la noche. Luego se había deslizado, con una agilidad de acróbata, hasta la ventana de una de aquellas habitaciones. Rock vio que todas estaban dedicadas a archivo de alguna oficina del piso inferior, pero en ellas existían señales evidentes de haber servido como habitación de alguien. Incluso en un rincón, sobre docenas de libros de contabilidad apilados, había una colchoneta. Una verdadera guarida para alguien que deseara ocultarse en el mismo corazón de Nueva York.

El detective hizo un registro muy sumario, sabiendo que no hallaría nada de interés, y se dispuso a volver junto a las escaleras para salir por dónde había entrado. Pero en ese momento oyó el ruido de alguien que se acercaba a la puerta.

Seguramente eran dos hombres. Rock se agazapó junto a un ángulo y esperó con todos los nervios en tensión. Alguien abrió la puerta, alguien equipado con una ganzúa. Cuando Rock vio al capitán Thompson y al teniente Laxon, retrocedió ágilmente sobre las puntas de sus pies y fue hasta la habitación de la ventana

abierta. Ahora le tocaba a él representar el papel de gorila.

Lo último que vio en aquella habitación fue unas maderas a medio empaquetar que, bien montadas, hubieran servido fácilmente para construir un ataúd. Luego Rock se descolgó por la ventana.

No era fácil llegar hasta el tejado, un poco más arriba, a pesar de que la cornisa era ancha. Rock necesitó de toda su agilidad para encaramarse y asir la baranda superior del edificio. La saltó, con un nuevo esfuerzo, y se dispuso a descender enseguida a la planta baja. Necesitaba aprovechar los segundos de desorientación que tendrían Laxon y Thompson. Pero al dirigirse a la puerta que daba a las escaleras, distinguió la figura de alguien que huía.

La figura de una mujer.

Lena Talbot.

VII

UNA MUJER QUE HUYE

Siempre es agradable perseguir a una mujer tan espléndida como Lena Talbot y tener un pretexto para acercarse a ella y enlazarla por la cintura. Rock, al ver que ella escapaba, hizo todas esas cosas. Y al enlazarla, la oprimió con tal fuerza que ella lanzó como un quejido. Rock vio muy cerca sus ojos grises y profundos, sus labios gruesos e intensamente rojos y pensó que Larry, al fin y al cabo, había tenido sobrados motivos para volverse loco. La soltó lentamente cuando ella le clavó sus dos puños en el pecho, intentando desasirse.

Había algo en los ojos de la mujer que no era natural. Rock no supo descifrarlo, pero era extraño y a la vez terrible lo que se leía en aquellos ojos.

—¡Suélteme! —silabeó ella—. ¡Suélteme!

—Ya la he soltado. ¿No lo ve?

Ella se dirigió hacia la puerta. Rock la sujetó por un brazo y captó el extraño estremecimiento de todo el cuerpo de la mujer.

—La acompañaré, si no le molesta. Pero para salir de aquí tenemos que tomar ciertas precauciones.

—¿Ha matado a un hombre, no? —preguntó ella inesperadamente.

—Tal vez. A su compañero.

—Yo he llegado sola hasta aquí.

—Puede que no lo crea. Abajo están Laxon y el capitán Thompson. ¿Tiene interés en que la vean?

La muchacha hundió la cabeza. Sus labios temblaban espasmódicamente.

—No.

—En tal caso aprovecharemos estos segundos. No tardarán en revolver todo el edificio, y cuando eso ocurra tenemos que estar ya en la calle. ¡Vamos abajo!

Casi la empujó. En silencio, descendieron un tramo de escaleras, corrieron un trecho de pasillo, hacia una ventana, que Rock abrió, y

desde allí descendieron unos pisos más empleando una escalerilla de incendios. Ningún ruido se oía dentro de la casa. Rock comprendió que aquel camino de huida era demasiado normal y decidió buscar otro más difícil, donde no se le ocurriera mirar a nadie. Por otra ventana, regresaron a un pasillo interior y de allí a las escaleras del centro del edificio.

No podían emplear los ascensores, para no llamar la atención a los dos polizontes que seguramente ahora estarían investigando en el tejado. Cuando Rock y la muchacha llegaron a la planta baja, tenían los pies destrozados y les dolía la cabeza. Fue entonces cuando vieron que los ascensores se ponían en movimiento descendiendo. Laxon y su superior llegaban tarde. Lena intentó escapar cuando ambos llegaron a la calle. Rock tuvo que inmovilizarla como a una presa; era extraño, pero notaba cómo todo el cuerpo de la muchacha palpitaba de miedo, y no precisamente por lo que acababa de suceder arriba. Era como si tuviera miedo de él. ¡De él! ¡Como si fuera un fantasma!

Rock masculló:

—¿Dónde tiene su cacharro?

—Dos esquinas más allá. Pero puedo ir sola. Usted no tiene ningún derecho a detenerme.

—No la detengo, hermana. Me limito a acompañarla. Vamos a su portaaviones y daremos una vuelta. Creo que nos conviene hablar.

Lena no ofreció resistencia.

Cuando estuvieron en el coche, Rock tomó el volante y enfilaron hacia el centro a poca velocidad. El tráfico era nulo y podía distraerse mirando a la muchacha. Dos esquinas más allá, preguntó:

—¿Quién la ha enviado allá arriba?

—¿Y a usted?

—Soy yo el que pregunta, hermana.

—Está bien, he ido allí por mi propia cuenta. Nadie me ha enviado. Sabía que allí iba a encontrar algo relacionado con lo de Larry; por eso fui.

—¿Quién le dio esta dirección?

—¿Y a usted qué le importa? ¿Es tan inocente como para creer que voy a contarle todo lo que sepa?

—No soy inocente ni demasiado listo —dijo Rock con voz

enigmática—. Usted sabe demasiado bien cómo soy. Por eso tiene miedo. Le conviene decirme todo lo que sepa. Usted sabe que no puede evitarlo.

La muchacha se estremeció otra vez.

—Está bien —susurró con un hilo de voz—. Me envió Richardson.

—¿Quién es Richardson?

—Un hombre al que he visto una sola vez.

—¿Dónde lo conoció?

—¡Oh! ¿Y eso qué le importa? —silabeó la muchacha mientras se frotaba las manos con desesperación—. ¿Cree que va a conseguir que se lo diga?

—Lo conoció yendo con Larry, ¿no es cierto? —preguntó inesperadamente Rock Filmore.

—Pues... sí.

—¿Me equivoco al suponer que ese Richardson anda muy dificultosamente? ¿Me equivoco al suponer que llegó hasta usted casi arrastrándose, y que daba lástima y miedo a la vez? ¿Me equivoco al decirle que al verlo usted pensó que lo habían arrancado de una silla de ruedas?

Temblaron las manos de la muchacha.

—No es posible que también sepa eso.

—Sin embargo, cuando usted lo conoció junto a Larry, en un descuido de este, Richardson era un hombre lleno de vida, de salud, y al verlo casi arrastrándose usted tuvo luego una de las mayores sorpresas de su existencia. ¿Es así? ¿Dónde esconde ahora a Richardson?

La voz de la muchacha se quebraba en el aire.

—En mi casa.

—¿Por qué le ha dicho que fuese a ese lugar donde él se ocultaba antes? ¿Es que no sabía que había peligro?

—Quizá lo supiera. En realidad no fue él quien me envió. Quería saber si había allí algo relacionado con Larry, y por eso fui. Pero él me aconsejó que no me acercara a aquel sitio, por lo menos de noche. Sabía que iban a matarle.

Rock lanzó una carcajada seca, breve, que produjo otra vez en la mujer un nuevo escalofrío de miedo.

—¿Ya se considera segura en su casa? ¿Qué creía encontrar

usted allí, Lena?

—No lo sé; con toda mi desesperación he de confesar que no lo sé. Desde que todo esto empezó, nos movemos todos en un clima de pesadilla, tengo la sensación de que voy a volverme loca.

—Yo le diré lo que había en las habitaciones donde Richardson ha estado viviendo hasta ahora —musitó Rock—. Aparte de una colchoneta que sus amigos debían hacer hecho llegar hasta allí, y de unos restos de comida, lo único que he encontrado ha sido una silla de ruedas y maderas bien cortadas para construir un ataúd.

Lena estuvo a punto de lanzar un grito de horror.

—No se preocupe tanto por eso —intentó tranquilizarla Rock—. En la silla de ruedas no había más que un muñeco espléndidamente imitado, preparado por un conservador del museo de las figuras de cera, y el ataúd no estaba terminado aún. ¿De qué se asusta?

Había detenido el coche. Unas luces lejanas de mercurio daban en sus rostros dotándolos de una claridad amarillenta. Rock vio los claros ojos de la muchacha dilatarse más y más por el horror. ¡Y aquellos ojos le miraban a él! ¡A él!

De repente la sujetó por los hombros.

—¿Qué sabes de mí, Lena? ¿Qué es lo que sabes? ¡Habla!

La muchacha dijo sencillamente:

—Solo esto: Que moriste hace tres años.

* * *

El capitán Thompson se precipitó en el retén de la Brigada y gritó al sargento de guardia:

—¡He ordenado por teléfono que acordonasen toda una zona de Wall Street! ¿Qué es lo que hace aquí toda esa cuadrilla de gandules?

Se refería a los agentes que estaban en la sala esperando nuevas órdenes.

—Hace falta que aguarde algún hombre por si se presenta algo nuevo, capitán. La zona de Wall Street ha sido bien acordonada. ¿Puedo saber qué ha ocurrido allí, capitán?

—Un asesinato.

—¿Se trata de algún robo?

—No. Han matado a un pajarraco. Solo viéndole la carota le he reconocido al momento. Era Charlie Sistering, un maleante

profesional. Lo menos lo he tenido en el «teatro» de identificaciones, delante de mis narices unas quince veces. Llevaba un «Magnum» en la derecha, con el que hizo dos disparos. A él lo alcanzaron con tres del calibre «38». Pero el otro pajarraco, el que le dejó muerto, ha logrado huir.

Se explicaba el mal humor del capitán Thompson.

—¿No han encontrado huellas? —preguntó el sargento simplemente por quedar bien. A aquella hora todo le tenía sin cuidado—. ¿Alguna pista?

—Huellas de pies masculinos y femeninos en el tejado. He dicho al técnico que sacase moldes y los enviase para comprobar al archivo de huellas del F. B. I. Pero no creo que saquen nada en limpio. ¡Ah! También han asesinado a alguien más.

—¿A quién, capitán?

—A un muñeco de cera.

Thompson pasó a su despacho mascullando juramentos. Aquella noche no dormiría. Laxon le siguió minutos después.

—¿Qué le ocurre, capitán?

—Nada. Esto es de lo más incompensable que me he encontrado en mi vida. Creo que me volveré loco. ¿Qué hacía allí aquel muñeco? ¿Quién mato a Charlie y por qué?

Laxon, que no era tonto, observó:

—Creo que ya sé por qué estaba allí el muñeco, jefe. ¿Sabe a quién pertenece ese piso-archivo donde hemos encontrado muerto a Charlie?

—Aún no he tenido tiempo de averiguarlo.

—Yo sí. Pertenecía a una compañía de exportación de la que se sospechaba que ha tenido relación con varios asuntos feos últimamente. El que estaba refugiado allí debía estarlo con el consentimiento los jefes de esa compañía; en realidad debieron ocultarle ellos. Sospecho que ese alguien estaba herido en la columna vertebral o algo parecido, y no podía andar bien. Por eso le facilitaron una silla de ruedas y ahora va lo grande, jefe: ¿Sabe quién tiene alquilada una oficina a la misma altura en el rascacielos frontero? Boris Gunova, que en tantos asuntos feos ha estado mezclado últimamente. Había alquilado esa oficina pocos días antes, pagando una fuerte suma por anticipado, según me ha dicho el conserje cuando usted ha salido hacia aquí. ¿Por qué ese

desembolso? Sencillamente, porqué deseaba esa oficina para observar con unos prismáticos lo que ocurría en la del otro lado de la calle, donde ahora está muerto Charlie. Y alguien colocó allí intencionadamente la silla de ruedas con el muñeco de cera de modo que se viera a través de la ventana para dar la sensación que el pájaro seguía oculto allí. Desde las oficinas de Boris debieron enviar a un asesino, precisamente ese Charlie, pero se encontró con un muñeco y otro pájaro armado de un «38», que lo despachó limpiamente. Por lo que habría que detener a Boris e interrogadle, ¿no es así?

Thompson se dio una palmada en la frente.

—No entiendo muy bien esto, Laxon, pero sus palabras tienen buen sentido. ¡Haga que detengan inmediatamente a Boris! ¡Dé la orden y que lo busquen donde sea!

Laxon salió y regresó al cabo de quince minutos.

—Ya han localizado a Boris, jefe.

—¿Sí? ¿Dónde?

—Es un bicho que siempre va a la misma madriguera: «El Bikini's», en la Calle Doce. He enviado allí a un patrullero para que lo detuviese, pero se han encontrado con la sorpresa de que ya le habían ido a echar el guante otros tipos. ¿No imagina cuáles?

—¿Los del F. B. I.?

—Exacto. Llegaron unos minutos antes que nosotros.

—Boris debe de haber cometido algún delito federal, y por eso le han echado el guante —recapacitó Thompson—. Bueno, si está detenido no nos acordemos más de él. Ya se aclarará todo. Ahora que recuerdo, ¿ha llegado ya el análisis urgente que pedimos de aquel maldito botón encontrado por Larry?

—Sí. Estaba a mi nombre en poder del sargento de guardia. Ahí va la información.

La información estaba contenida en un sobre. Se decía de aquel botón tantas cosas que si el botón hubiese podido hablar seguramente no hubiera dicho tantas. Había sido fabricado en Alemania, el hilo con que estuvo cosido también era alemán, y correspondía a un traje gris severo, seguramente de corte algo anticuado. En el botón se apreciaban huellas dactilares de por lo menos tres personas. Las microfotos de las huellas iban adjuntas al informe. Los archivos habían puesto de manifiesto que dos de las

huellas de esos hombres estaban fichadas en el F. B. I: Las de un tal Charlie y un tal Peter Ramsay.

Thompson estaba intensamente pálido cuando terminó la lectura de aquel informe.

—Fíjese en esto, Laxon. Nos piden que no hagamos nada en este caso sin consultar previamente al F. B. I. ¿Usted lo entiende?

—Yo no, jefe. ¿Qué es lo que no hemos de hacer y qué es lo que hemos de hacer? ¿Una cosa me parece clara. Larry aseguró haber matado a un tal Ramsay, y ahora resulta que ese tal Ramsay existe y que además el botón que encontraron en aquella casa era suyo. ¿Tendremos que creer que ese hombre ha dicho la verdad, capitán?

—Solo pensarlo me causa como un estremecimiento. Hay crímenes que no tienen sentido, Laxon, y esos son los que asustan. ¿Por qué Larry tendría que matar a un hombre al que no había visto nunca?

De repente pareció tomar una decisión.

—Basta de palabrería. Vamos a ver Larry Benttam y a sacarlo de la cama. No es mala hora para interrogar a un tipo como él, pillándole de sorpresa.

Los dos hombres salieron y se hicieron conducir por un patrullero al hotel donde vivía Larry. Este se encontraba en su habitación, vestido aún. Ni siquiera se había sentado en la cama, que estaba intacta. Miraba a la ventana negra de su habitación.

Thompson fue el primero en entrar y en ponerle una mano en la espalda, invitándole a que le acompañara. Larry no se sorprendió. Casi pareció alegrarle el que alguien le prestase compañía. Pero sus ojos obsesionados seguían mirando hacia la ventana negra.

—¿Tiene inconveniente en venir con nosotros, señor Benttam? Hemos comprobado algo muy importante para usted.

—¿Han encontrado ya el cuerpo?

—No, aún no, pero hemos comprobado que Ramsay existe, y que este botón perteneció a una de sus prendas de vestir. Puede que usted haya dicho muchas cosas sin importancia, pero empiezo a creer que hay algo de verdad en ello.

Larry se encogió de hombros.

—Siempre les he dicho la verdad.

—¿Quiere acompañarnos a la Brigada? No en calidad de detenido, sino sencillamente para que nos cuente otra vez los

detalles de su historia. ¿Tiene algún indicio de dónde vivía este tal Ramsay antes de que lo matara?

—Ustedes me tratan como a un niño, capitán. En el fondo creen que miento, y por medio de indirectas tratan de obtener alguna verdad. No, no sé dónde vivía antes Ramsay. Si lo supiera, ya les habría llevado hasta allí. Pero ¿no les dice nada el informe del F. B. I.? ¿No son ustedes los que pueden llevarme al lugar donde vivía?

—¿Cómo sabe usted que existe un informe del F. B. I.?

—Vamos, capitán, no me chupo el dedo. He hecho durante mucho tiempo prensa de sucesos y sé el trámite que siguen estas cosas. Las piezas de acusación suelen ir a los laboratorios del F. B. I. para analizarlas. Seguro que por las huellas han comprobado la existencia de un tal Ramsay. ¿Tan incompleto es el informe que ni siquiera les han dado su domicilio?

Thompson se encogió de hombros.

—En efecto, no se chupa usted el dedo, Larry. Eso ha sido todo, más o menos, lo que ha sucedido; usted mismo lo ha dicho: es un informe incompleto, no puedo negarlo. Pero lo cierto es que los del F. B. I. no nos han dado la ficha de Ramsay, cosa que me extraña. Habrá que completar la información.

Thompson nada dijo de la advertencia que se le había hecho porque consideraba que esto era secreto profesional. Pero, en cuanto al resto de lo sucedido, creía lo más natural del mundo explicárselo a Larry.

—Lo averiguaremos pronto —determinó—. Esta misma noche encontraremos el sitio donde sacó usted a Ramsay para matarle... si es que lo mató.

Larry sonrió secamente.

—Es posible que encuentre allí su cadáver —dijo tan solo.

* * *

Los ojos de la muchacha estaban quietos, muy quietos, como hipnotizados, sobre las pupilas del hombre.

Este la soltó lentamente y miró frente a sí a través del parabrisas. Sus labios se habían crispado en una extraña mueca.

—¿Morí hace tres años? —su voz era como un susurro—. ¿Cómo lo sabes?

—El detective Rock Filmore fue asesinado en Europa hace todo

ese tiempo —suspiró la muchacha con un estremecimiento—. Ocurrió en la zona oriental. Una amiga mía tiene una colección de periódicos rusos y pude leer la noticia, que ha pasado inadvertida para todo el mundo. En el periódico no le dedicaban más allá de tres líneas. Pero yo leí el nombre bien. «Rock Filmore, detective privado». ¿Ese es tu nombre, no? ¿O cómo te llamas verdaderamente? ¿Quizá te llamas Ramsay?

Él puso primera e hizo que el coche arrancara lentamente.

Luego rio en un susurro. Su risa sonaba extraña en el silencio del automóvil y de la ciudad entera. Susurró:

—No, no me llamo Ramsay.

—Pero tampoco te llamas Rock Filmore.

—¿Qué importa eso? No solucionas nada sabiendo mi nombre. Dime solamente a dónde quieres que te lleve.

—¿No vas a entregarme a la policía?

Él la miró. Había inocencia en los ojos de la mujer, a pesar de todo. Aquel misterio la había desbordado, la había convertido en una muchacha acorralada. ¿O quizá todo esto era una ilusión, y Lena dominaba perfectamente todos los resortes de aquel misterio?

—¿Ibas a casarte con Larry? —preguntó inesperadamente.

—Sí.

—Es extraño, yo diría que no tenéis nada en común. Al veros nadie pensaría que habéis nacido el uno para el otro. De todos modos, dicen algunos pensadores que solo del choque de los caracteres puede venir la auténtica felicidad.

—Te estás desviando de la cuestión —dijo ella con voz ronca—. Haces todo lo posible para no decirme cuál es tu nombre ni qué haces en Nueva York. Puedes ser un espía, un asesino o un resucitado. Estoy dispuesta a creer cualquier cosa después de lo que ha sucedido.

Él aceleró un poco la velocidad. El coche entró en la zona residencial donde vivía Lena.

—¿Quieres de verdad a Larry? —fue otra de las preguntas inesperadas del hombre.

—No lo sé.

La respuesta de la muchacha le dejó por unos instantes pensativo, pero al fin esbozó una sonrisa irónica.

Luego ella añadió:

—Larry es un buen muchacho. Ha estado solo durante casi toda su vida y ahora necesita a alguien que le acompañe. Creo que podría ser feliz con él.

—¿Hace muchos años que le conoces?

—Solo dos. Pero ese es ya un noviazgo bastante largo en estos tiempos, ¿no crees? Y ahora, ¿vas a decirme quién eres en realidad o estarás toda la noche preguntándome cosas sobre mi vida?

—Parece que ya no te asusta tanto la posibilidad de que yo sea un muerto. Por un momento llegué a pensar que de verdad creías en historias de resucitados y fantasmas.

Ella abatió la cabeza sobre el pecho.

—Lo cierto es que no sé qué creer, no sé qué pensar...

En aquel momento el automóvil se detuvo y con un chirrido suave de frenos aparcó junto a la torre en que vivía la muchacha.

Esta estaba a oscuras, y no se advertía la menor señal de vida a su alrededor.

De una forma instintiva, Rock adivinó que Lena sentía haber llegado, que temía quedarse sola.

—Te invito a una copa —dijo ella animosamente, antes de descender—. Supongo que querrás conocer a Richardson.

—Me temo que Richardson no quiera conocerme a mí. Pero vamos a entrar.

La muchacha extrajo de su bolso un llavín y se franqueó la entrada. No había una luz encendida en toda la casa. Rock, antes de que las cosas ocurriesen, supo lo que sucedería cuando la muchacha diera un par de pasos más hacia delante. Era un olor inconfundible, un olor que conocía bien y a distancia como lo conocen las fieras. Murmuró:

—¿Por qué no salimos a dar un paseo más largo, Lena? En realidad es demasiado pronto para que te encierres aquí. La noche es larga y no te conviene la soledad. Yo creo...

—¿Qué es lo que crees tú, amor?

Rock sintió que el fino cañón de una automática se clavaba en sus costillas.

—A pesar de todo, la palabra me gusta —sonrió—. «Amor». Suena bien.

—Basta de perder el tiempo. No he creído una sola palabra de lo que me has estado diciendo. Tú sabes de este asunto mucho más de

lo que aparentas, y vamos a tener una conversación muy larga. Mueve la mano derecha. Junto a la puerta tienes el interruptor de la luz. Y no intentes ninguna jugada porque sé muy bien cómo manejar esta clase de petardos. Si he matado leones en África, no me será difícil matar fantasmas en Nueva York. Muévete, Rock.

Se notó en la oscuridad que él sonreía.

—No voy a intentar nada, amor. Tú misma te olvidarás dentro de unos instantes de que tienes una automática en la derecha.

Encendió la luz. Sabía lo que iba a encontrar. Lo que nunca habría imaginado es que fuera tan horrible.

A Richardson le habían partido la cabeza a golpes. Estaba allí, a dos pasos de la puerta, en medio de un charco de sangre. Lena lanzó un chillido y en ese instante se apagaron todas las luces.

VIII

UNA MANO EN LAS TINIEBLAS

La muchacha tuvo un estremecimiento brutal, una verdadera contracción de todos sus músculos. Incluso hubiera jurado que en el momento de apagarse todas las luces, el cadáver se movía. Fue entonces cuando sintió una presión suave en su muñeca y la pistola pareció desprenderse sola de entre sus dedos. Ni siquiera tuvo tiempo de disparar.

Y entonces las luces volvieron a encenderse.

Rock Filmore, con una mano en el conmutador y la otra sosteniendo la automática, susurró:

—Ya te he dicho que tú sola facilitarías las cosas. Ha sido de lo más sencillo, amor. Claro que uno no tiene siempre la suerte de encontrar a un cadáver para asustar a la gente cada vez que le amenazan con una pistola.

La muchacha estaba obsesionada. No le veía. Sus ojos muy abiertos contemplaban al muerto como si estuviese presenciando la realidad de una pesadilla.

Rock cerró la puerta de un suave empujón y la ayudó a entrar.

—No lo mires si no te gusta —aconsejó.

La muchacha tuvo de repente una crisis nerviosa.

—¡Tú sabías que estaba aquí! ¡Tú sabías que íbamos a encontrarlo muerto! ¡Tú...!

—Si has cazado en África, deberías estar más acostumbrado al olor de la sangre. Yo lo he notado nada más entrar. Además, sabía que Richardson no iba a vivir mucho tiempo.

Las pocas energías que quedaban a la muchacha, se derrumbaron de repente. Lena se arrugó. Sus piernas vacilaron y se dejó caer en una de las butacas del vestíbulo, a la vista del cadáver. Era imposible decir qué rostro estaba más blanco, si el de Lena o el de Richardson, el muerto.

Rock fue hacia un mueble-bar que había en un ángulo, sacó una botella de *whisky* y vertió un abundante chorro de líquido en un vaso alto que tendió a Lena.

—Bebe. Lo necesitas.

Ella no bebió. Estaba demasiado asustada para conseguir tragar alguna cosa. En vista de ello, Rock se encogió de hombros y apuró él el contenido del vaso. Al terminar, notó fijos en su rostro los ojos aterrorizados de Lena.

—Voy a hacerte una pregunta —dijo él sin hacer caso de la situación moral de la joven—. Creo que es mejor para los dos. ¿De qué conocías a Richardson?

—¿Vas a preguntar así, a la vista de ese muerto? —susurró la muchacha con sus últimas energías.

—Ya te he dicho que es mejor para los dos.

—¡Yo también te he dicho que vi por primera vez a Richardson un día en que él estaba junto a Larry! —casi gritó Lena.

—¿Cómo le diste cobijo en tu casa?

—Yo no le he dado cobijo. Yo no le he dicho que se ocultara aquí. Vino a verme y comprendí que estaba herido de gravedad. Al padecer le habían arrancado una bala días antes, pero apenas podía moverse. Debía tener lesionada la columna vertebral. Al verle, lo reconocí instantáneamente.

—¿Te pidió él ayuda?

—No necesitaba pedírmela. Se notaba que no podía dar un paso más. Pero lo cierto es que no tuve demasiado tiempo para hacerle preguntas porque inmediatamente me habló de lo que iba a suceder en cierto lugar de Wall Street. ¡Oh, Dios mío! ¿Es que este interrogatorio va a durar toda la noche? ¿Quién eres tú, para preguntar?

—¿Qué es lo que te dijo exactamente? —siguió él con inflexible calma.

—No lo sé, no lo recuerdo. Creo haberte dicho que él me pidió precisamente que no fuera allí.

—¿Y cómo conociste aquella dirección?

—Le pregunté dónde había estado escondido hasta entonces. No tuvo más remedio que decírmelo.

—¿Por qué fuiste allí? ¿Qué esperabas encontrar?

—Algo relacionado con Larry. Ya he dicho sobre eso todo lo que sé. ¿Es que no lo comprendes? Larry asegura haber matado a un hombre, está envuelto en un misterio imposible de descifrar, y yo había visto a Richardson por única vez en mi vida precisamente con

Larry. Richardson estaba herido y parecía envuelto también en un misterio. ¿No tenía derecho a pensar que quizá, en el sitio donde él se había ocultado, hubiese algo relacionado con Larry? Por eso fui allí. Este fue el único motivo, lo juro. ¡Lo juro!

La mueca dura que desfiguraba los labios de Rock, pareció suavizarse por un instante.

—No te preocupes, Lena. Si yo pudiera hacer algo para que todo esto no hubiera existido nunca, para que tú un día despertaras y te dieras cuenta de que había sido una simple pesadilla, lo haría sin vacilar. Te lo juro, Lena si es que los muertos pueden jurar. Pero desgraciadamente esto es muy real. ¿Quieres un consejo? Lo mejor es que te vayas a descansar a un hotel. Resulta peligroso que continúes aquí esta noche.

Lena no entendió la última parte de la frase. Para ella solo existía ahora lo que podían ver sus ojos, es decir aquel horrible cadáver y todo lo que estaba relacionado con él. Mientras entrelazaba los dedos nerviosamente, preguntó:

—¿Quién era Richardson?

—¿De veras te interesa saberlo?

—Sí.

—Era un pajarraco. No digo que me guste verlo muerto, pero la verdad es que hay personas que merecían la vida más que él.

—¿A qué se dedicaba?

Rock hizo con las manos un vago gesto lleno de ironía y que de no ser por la presencia del cadáver hasta habría podido parecer gracioso.

—¿Dedicarse? ¿Quién sabe? Richardson era de esos hombres que viven de lo que se cruza en su camino. Trabajó durante la guerra para los alemanes, luego para los rusos, y últimamente había iniciado unas maniobras de acercamiento a los servicios secretos norteamericanos. Un traidorzuelo.

—Ahora ya está muerto —dijo Lena como dando por terminada aquella explicación—. ¿Cuánto hace que lo han matado, si puedes calcularlo?

Rock dirigió al cuerpo caído a sus pies una mirada más atenta.

—Menos de una hora. Quien lo hizo, sabía que iba a encontrarle solo. No tomaron demasiadas precauciones con él. Fue una salvajada, fue matar a golpes a una especie de inválido, a un

hombre que no podía defenderse.

Con el mentón señaló un atizador que había junto a la gran chimenea de mármol del vestíbulo. Aquel atizador estaba empapado en sangre. Lena ni tan siquiera quiso mirarlo.

—No es difícil imaginar la escena. Los que vinieron te habían visto salir y sabían que Richardson estaba solo en la casa. Entraron por cualquier ventana que encontraron abierta —si nos molestamos en buscarla, la encontraremos— y empezaron a golpearle. Los que lo hacían, o eran unos aprendices o deseaban hacerle sufrir. Fíjate en que la mitad de los golpes están dados en puntos que no son vitales. Un mal trabajo o un trabajo bueno, según como se mire.

La muchacha no quiso fijarse.

—Me gustaría tener delante a los que hicieron eso —dijo solamente.

—Me temo que no pasará mucho tiempo sin que tus deseos se vean realizados.

La muchacha no se asustó. Había como una especie de fatalismo en sus ojos. Dijo solamente:

—¿Por qué?

Rock tendió las manos hacia ella y de repente la sujetó con fuerza. En unos segundos algo había cambiado en él. Ya no era un ser humano, sino algo así como una máquina ciega, como un paquete de músculos en movimiento, como una fuerza lejana que fuera acercándose a la muchacha para destruirla. Los ojos del hombre la asustaron por unos momentos más que los ojos inexpresivos del muerto. Rock masculló:

—¡Tienes que alejarte de aquí! ¿Oyes? ¡Tienes que salir de esta casa e incluso marcharte de Nueva York! Olvídate de esta maldita situación, olvídalo todo. Tú no has visto nada en esta casa, tú no me conoces a mí, no conoces a un hombre llamado Richardson, y ni siquiera a un hombre llamado Larry. ¿Entiendes? ¡Vete antes de que sea demasiado tarde!

La muchacha echó la cabeza hacia atrás. En la luz concentrada de la habitación brillaban sus pupilas, sus labios rojos, y brillaban también los labios de Rock en los que supo presentir como una extraña y desesperada caricia.

—¡Tú estás loco, Rock!

—¡No lo estoy! ¡Por primera vez en mi vida sé lo que me digo!

¡Vete de aquí! ¡Vete antes de que sea demasiado tarde!

Era ya demasiado tarde. Rock adivinó también eso, como adivinaba otras cosas. Cuando crispó sus dedos sobre los brazos de la muchacha sabía que los hombres que mataron a golpes a Richardson estaban ya a su lado, y que no vacilarían en cometer nuevos crímenes. Un sonido imperceptible en el jardín le había advertido. Lena sintió que la sangre se le helaba en las venas al ver la sonrisa glacial del hombre, la misma que tendrían las fieras si supieran que iban a morir matando.

Rock se daba cuenta de que era ya demasiado tarde. Tarde para amar, tarde para variar su destino. Era tarde incluso para morir. Había llegado el momento de saber si ellos durarían más que Richardson.

Besó en los labios a Lena y la soltó.

Ella cayó sobre la butaca. La recorrió un estremecimiento.

Tres hombres penetraron entonces en la habitación.

IX

COMPañÍA PARA EL MUERTO

Los tres penetraron por puertas distintas de la habitación, y desde el primer momento procedieron como hombres que conocen su oficio y están dispuestos a actuar sin contemplaciones. Aunque Rock tenía su calibre «38» y la automática de Lena, de nada le hubiese servido emplearlos antes y mucho menos ahora. Desde que entró allí, había pensado que alguien les estaba encañonando y que lo mejor era escapar. Pero Rock Filmore no era de los que escapan.

Los tres tipos se situaron estratégicamente. Dos delante de Rock y la muchacha, uno a su espalda.

Rock los conocía bien. No solo sus fotografías estaban repartidas por todos los departamentos policíacos con orden de «busca y captura», sino que a dos de ellos, precisamente los que tenía ante sí, los había visto en otras ocasiones. Uno era Theodor Saliken, un alemán renegado que había servido al mismo tiempo a la zona oriental y a la occidental. La última vez que se vieron fue en la puerta de Brandemburgo, y en aquella ocasión Theodor iba con cuatro compañeros a los que vio caer bajo las balas de Rock. La cicatriz que deformaba un costado de su cara también tenía que ver con aquel encuentro. Rock sabía que Theodor Saliken no había olvidado aquello.

El otro era Richmond, un jovenzuelo alocado que comenzó su carrera en las bandas de «Teddy boys» y fue condenado a veinte años por violación fugándose luego de la cárcel. No tenía ante sí más perspectiva que la silla eléctrica, la cámara de gas o la horca según fuera el Estado en que le capturasen.

A Richmond no le importaba un crimen más. Miraba a la chica con un deleite que hizo entrecerrar los ojos a Rock Filmore.

Paradójicamente, fue este el que primero habló:

—¿Quién?

—¿Te refieres a quién ha despachado a Richardson? No creemos que esto te importe mucho, muñeco. En otras circunstancias puede que Richardson te hubiera matado a ti.

—¿Quién? —repitió Rock.

—Si tanta curiosidad tienes, la parte principal del trabajo la he hecho yo —dijo Theodor—. Pero ¿por qué tanto interés en saberlo?

—Tengo que elegir entre los tres a quién mataré primero —dijo Rock con asombrosa frialdad—, y ya que no me gusta dar preferencia a nadie empezaré contigo, Theodor, puesto que eres el que tienes más ganas de trabajar. ¿Desde cuándo estás en los Estados Unidos? ¿Para quién actúas ahora?

Theodor crispó las facciones. Los ojos de Richmond seguían fijos en la muchacha, como los de una serpiente.

Las posibilidades de recibir ayuda eran nulas.

No debían oírse los gritos de una casa a otra. Richardson también debió haber gritado antes de morir, y sin embargo...

Theodor entrecerró los ojos.

—Suelta el petardo, Rock.

Era inútil pretender negarse. Los tres le apuntaban y le habrían acribillado antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo una sola vez. Además, a Rock le interesaba aquel juego, le interesaba parecer un hombre indefenso porque aún guardaba en la funda sobaquera su terrible calibre “38”. Si no le cacheaban, iban a llevarse una sorpresa.

Pero Theodor no era tonto. Dijo al que estaba detrás:

—Regístralo, Johnny.

Johnny se acercó por detrás.

Olía a sudor, olía a sangre lo mismo que el cadáver del infortunado Richardson. Una sonrisa helada distendió los labios de Rock Filmore, y cuando el otro le puso las manos encima, dijo solamente:

—Cuidado con quitarme los cigarrillos.

Todos sus nervios estaban en tensión. Sintió la mano de Johnny yendo hacia su funda axilar. Nada podía hacer por evitarlo. Pero tenía un plan. Veía a Theodor como si ya estuviese más muerto que Richardson.

Johnny encontró la pistola. La sujetó y tiró de ella.

—Je... —empezó a decir.

Todo el cuerpo de Rock sufrió una sacudida. Cuando Johnny retiraba la mano armada, los diez dedos de Rock se la asieron como garfios de hierro, e hicieron con ella algo que hubiera dejado

boquiabierto a Theodor caso de haber tenido tiempo para verlo.

Rock hizo que en fracciones de segundo la mano armada de su enemigo apuntara a Theodor, y de un habilísimo movimiento, le obligó a disparar. Ninguno de sus adversarios esperaba aquella maniobra aparentemente absurda, pero Rock había sabido aprovechar bien la estupidez de Johnny al cachearle por la espalda. Theodor recibió el plomo a la altura del corazón, giró sobre sí mismo, quiso hacer fuego contra Rock y solo consiguió clavar una ráfaga de balas en el techo. Luego, sin transición, se arrugó definitivamente.

Entonces vino lo difícil.

Richmond estaba atento, no era tonto y tenía las manos ágiles. A Rock le quedó el tiempo justo para inclinarse hacia delante con un brusco movimiento y hacer saltar a Johnny por encima de su cabeza, ejerciendo presión de palanca sobre la mano armada y el brazo correspondiente. Dos disparos rasgaron el aire en fracciones de segundo. Ninguno de los dos alcanzó su objetivo. Los tres hombres vivos se movieron en la habitación con la agilidad de reptiles rabiosos.

Filmore dio un puntapié a la butaca sobre la que antes se había desplomado Lena y la hizo rodar hacia un ángulo fuera del alcance de las balas. Inmediatamente se arrojó sobre Johnny.

Si no recuperaba el “38” que este mantenía aún entre sus dedos, podía considerarse muerto.

Y si lo recuperaba, también, pero en este caso la juerga sería más larga.

Cuando Johnny iba a incorporarse, sintió que algo caía sobre él y rodó estrechamente abrazado a Rock. Richmond, en el primer momento, no se atrevió a disparar por miedo a herir a su compañero. Las contorsiones de los dos hombres en el suelo eran fantásticas, pero siempre formando un solo grupo. Ni por un segundo tuvo Richmond a Rock suelto ante los ojos para poder descerrajarle una bala. Pero al fin decidió prescindir de contemplaciones e ir sobre seguro. Una buena rociada de balas al grupo que formaban Filmore y Johnny acabaría con los dos, ¡y adiós preocupaciones!

Richmond era un tipo que siempre resolvía las cosas por la línea recta.

Disparó una vez, y su bala se perdió en el suelo, junto a la cabeza de uno de los contendientes. Cuando iba a disparar de nuevo, intervino Lena, a la que todo el mundo parecía haber olvidado hasta aquel momento.

Lena se arrojó sobre Richmond y también rodaron los dos por tierra. Para Richmond, la pelea no fue tan desagradable como para Johnny.

Pero duró apenas unos instantes.

Rock logró conectar en corte su puño derecho al cuello de Johnny, y le cortó limpiamente la respiración. Johnny, de todos modos, no era un tipo blando. Sabía matar aunque no respirase. Movi6 desesperadamente el calibre «38» de Rock e intentó hacer fuego. Rock desvió el arma en el último segundo, y la bala se empotr6 en el suelo. Nuevo disparo de Johnny y nueva maniobra de Rock Filmore, para desviar más el arma. Sus dedos parecían garfios de acero. Torció completamente la mano de su enemigo y le hizo disparar. El proyectil se clavó ahora en el corazón de Johnny, seccionándole la aorta. Por el modo como el pistolero empezó a arrojar sangre por entre los labios, Rock adivinó que le quedaban pocos segundos de vida.

Todo esto había durado apenas un instante, pero Rock hubiese muerto sin la valiente y decidida intervención de Lena. Fue ella la que inmovilizó a Richmond en el último segundo. Fue ella la que le salvó.

Cuando Rock se incorporó llevando su «38» engarfiado entre los dedos, Richmond ya había dejado sin sentido a Lena de un brutal puñetazo en la nuca. Durante una fracción de segundo los dos hombres se miraron como dos fieras salvajes a punto de saltar. Luego, Rock dijo con voz helada:

—Quieto, Richmond. Suelta tu petardo y aún podrás salvar la piel.

Richmond hizo un rápido movimiento con la derecha e intentó disparar. Pero su adversario esperaba ya aquel gesto, de modo que no quedó desprevenido—. Disparó tres veces con una agilidad fantástica, entrechocando los dientes a cada disparo, y Richmond, antes de poder apretar el gatillo una sola vez, ya tenía los tres proyectiles alojados en la cabeza. Su muerte fue instantánea. Cayó junto a Lena en el mismo instante en que esta empezaba a abrir los

ojos. La muchacha lanzó un grito de horror.

Los disparos debían haber ensordecido ya a toda la vecindad. Quizá un tiro aislado no hubiera llamado la atención, pero aquello había sido una verdadera batalla. Rock guardó su «38» y, sin molestarse en registrar a los muertos, silbó:

—Vamos, Lena.

—¿Irnos? ¿A dónde? ¿Te das cuenta de que esto ha sido una carnicería?

—Simple defensa propia, hermana. Pero este no es momento para discutir. Ahora hay que evitar que nos atrapen.

—Pero esta es mi casa. Todo el mundo sabrá...

—Nadie te ha visto entrar aquí. Si logramos evitar que reconozcan el coche, quedarás por el momento desligada de esto. Luego todo se aclarará.

No la dejó decir una palabra más. Tomándola por un brazo, se la llevó casi a rastras hasta el coche. Unos instantes más tarde salían de allí a gran velocidad. Aunque se oían gritos y pitidos por todas partes, nadie se había acercado aún a la casa. Rock pensó que las posibilidades de que no hubieran sido reconocidos eran numerosas.

Hasta que llegaron a las inmediaciones de Central Parir, casi media hora más tarde, Lena no se atrevió a desplegar los labios.

—Para aquí —dijo al fin—. No puedo resistir más esta endemoniada velocidad. No puedo resistir nada.

Rock frenó suavemente junto a una zona de obscuridad.

—Te llevaré a un hotel —ofreció antes de que ella volviera a despegar los labios—. Debí hacer eso mucho antes. Hubiese sido lo mejor.

—Rock... —musitó ella.

—¿Qué?



Sabía que había un muerto...

>

—Tú sabías que íbamos a encontrar muerto a Richardson allí. Y sabías también que vendrían a buscarte esos hombres.

Él encendió un cigarrillo y lo puso en la boca de la muchacha. Luego encendió otro para sí. Su mano no temblaba.

—Yo no sabía que íbamos a encontrar allí el cadáver de Richardson —musitó—, pero lo sospechaba. Richardson estaba condenado a muerte por alguien mucho más poderoso que él, y tarde o temprano la sentencia tenía que cumplirse. En alguna parte habíamos de encontrar su cadáver, y tu casa era un sitio tan bueno como cualquier otro. No pienses más en ello.

—Pero ¿cómo no he de pensar? Primero Larry se vuelve loco y empieza a decir que ha cometido un asesinato y que está viendo por todas partes la cabeza de la víctima. Luego me lleva a una casa tenebrosa donde el muerto había vivido. En tercer lugar, se presenta un hombre herido en mi casa y averiguo que se había ocultado hasta entonces en lo alto de una torre de un rascacielos de Wall Street. Voy allí, suenan disparos y apareces tú. Volvemos a mi casa, encontramos a Richardson muerto, y luego aparecen tres individuos dispuestos a exterminarnos. ¿Y me dices que no piense más en ello? ¿No tengo motivos para volverme más loca que Larry?

Rock dijo secamente:

—Larry no está loco.

—Entonces... ¿lo que dice es cierto? ¿Mató a ese hombre?

—Puede que haya matado a alguien, pero no de la forma que él dice. De todos modos, Lena, te aconsejo que no des más vueltas al misterio por esta noche. Lo único que te conviene es dormir.

La muchacha insistió tercamente:

—Está bien. Puede que tú no supieras con certeza que íbamos a encontrar allí el cadáver de Richardson, pero es seguro que estabas enterado ya de que aquellos tres pistoleros iban tras tus huellas. ¿Por qué este misterio alrededor tuyo, Rock? ¿Cómo puedo saber quién eres en realidad si oficialmente estás muerto desde hace años?

Ahora la muchacha ya no tenía miedo, ya no sentía temor ante lo desconocido. Los últimos peligros habían sido tan reales y contundentes que Lena no tenía ánimo para pensar en otra cosa.

—Procuraré explicártelo todo por partes —prometió inesperadamente Rock—, pero debes asegurarme que luego te irás a descansar al hotel que yo te indique y no volverás a salir de allí por lo menos hasta mañana por la noche. Tus nervios están tan

destrozados que temo cometas una tontería. Por otra parte, ya no es posible guardar el secreto por más tiempo. Te explicaré lo que quieres saber; es mucho más sencillo de lo que piensas.

Lena preguntó:

—¿Cómo sabías que esos hombres andaban tras tus huellas?

—Por una razón muy elemental. Yo mismo les hice venir detrás de mí. Les indiqué el camino con más claridad que si hubiera puesto una flecha indicadora. No comprendo cómo ni tú misma lo has adivinado antes.

—No puedo comprenderlo... —susurró Lena tras un instante de reflexión.

—¿No recuerdas que al regresar de la casa de Adolf Schuter lo hice en tu automóvil y el mío lo dejé estacionado allí? Esa era la pista que esperaba siguiesen mis enemigos. Es muy fácil averiguar cuál es el dueño de un carromato cuya documentación está, para dar mayores facilidades, olvidada en la caja del *tablier*. Me han venido siguiendo casi desde aquel momento. Esperaba que dieran el golpe de un instante a otro; tenían que eliminarme. Y por eso te rogué que te separases de mí apenas entramos en tu casa. Aquello era demasiado peligroso y continúa siéndolo.

—¿Por qué dejaste allí tu automóvil? ¿Sabías ya que esos hombres tenían que aparecer por la casa de Adolf Schuter?

—Naturalmente que sí. Esa casa tiene una gran importancia. Larry no te llevó allí por casualidad.

—Pero ¿qué tiene que ver Larry con todo esto? ¿Por qué me condujo hasta allí y cuál es su papel en este asunto? Te juro que lo ignoro. Cada vez entiendo menos el camino que seguimos.

—Algún día lo entenderás con tanta claridad que te asombrará no haber atado antes los codos de la trama. Pero ya es bastante por esta noche. Repito que necesitas descansar.

Iba a entrar una marcha para arrancar de nuevo, cuando Lena puso ambas manos sobre el volante, impidiéndole moverlo.

—Falta aún una cosa, Rock. Y esta sí que necesito saberla esta misma noche.

—¿Cuál?

—¿Qué misterio te envuelve? ¿Fue cierta la noticia de tu muerte o solo una trampa para engañar a alguien?

—Fue cierta.

La muchacha se estremeció. Sus manos se retiraron del velante poco a poco, como si el mismo miedo les inmovilizara.

—Cerca de la puerta de Brandemburgo, en Berlín, murió Rock Filmore a consecuencia de un negro asunto de espionaje, pero Rock Filmore no era yo, sino que se trataba de mi hermano Robert. Por razones que convenían a aquella misión, habíamos cambiado nuestra documentación, y por eso algunos periódicos de la zona oriental dieron la noticia con mi nombre. En realidad no estaban equivocados, pero Rock Filmore seguía viviendo. Cuando me trasladé a Nueva York abrí la agencia que tú ya conoces.

—Pero esa agencia parece una pantalla para encubrir alguna otra cosa, Rock —arguyó la muchacha—. Tú no eres un simple detective privado.

—¿Y qué importa eso?

—Sí que importa, Rock. Yo fui casualmente a verte, pero tengo la sensación de que, caso de no haber ido yo, habrías procurado tú tropezarte en mi camino. ¿Qué es lo que encubres con esa profesión, Rock, si es que encubres algo que pueda confesarse?

El joven arrojó por la ventanilla abierta el resto de su cigarrillo. Luego sus labios se entreabrieron para decir:

—Esa agencia de investigaciones privadas fue abierta para vigilar determinado grupo de espías que operan en la costa atlántica. Es mucho más fácil aproximarse a ellos desde el despacho de un detective privado sediento de dólares y dispuesto a vender cualquier cosa, incluso, a su país, que desde el Departamento de Justicia, por ejemplo. La idea ha resultado buena, pero es necesario perfeccionarla mucho más. En fin, si tú no estuvieras ya metida dentro de todo este jaleo, no te habría dicho nada de lo que acabo de soltar, pero prefiero que lo sepas de mis labios antes de averiguarlo por ti misma. ¿Podemos marcharnos ya?

El rostro de la muchacha se acercó a su rostro.

—Aún queda una cosa por aclarar —susurró.

—¿Cuál?

—Necesito que me digas cuál es tu profesión auténtica. Necesito que me digas quién eres en realidad, Rock.

Él introdujo su mano derecha en uno de los bolsillos de su americana y extrajo una placa de la que colgaba una llave.

La placa era sencillamente una insignia de agente federal. Lena

las había visto muchas veces. La reconoció enseguida.

No tuvo ninguna gran sorpresa. Esperaba algo parecido.

Lo que no había visto jamás era que las placas llevaran una llave anexa. Preguntó:

—¿Qué cerradura tienes que abrir con eso, Rock?

Su tono, a pesar de todo lo sucedido, era casi burlón. Pero la sangre se le heló en las venas cuando Rock dijo:

—He de abrir la cerradura de la casa donde hay un muerto. Un muerto encerrado dentro de una vitrina o algo así. Bueno, basta ya de charla. Es difícil que duermas, pero de todos modos te llevaré al hotel.

X

EL MUERTO ESPERA VISITA

A la mañana siguiente, un tipo llamado De Sanctis, se presentó en el despacho del capitán Thompson en la Brigada de Homicidios.

Thompson sabía ya que aquel hombre se llamaba De Sanctis porque había tenido la discreción de mandarle su tarjeta dos horas antes solicitándole una entrevista. Thompson se la concedió.

El tipo que entró en su despacho medía al menos un metro ochenta de estatura y podía haber pasado perfectamente por campeón mundial de lucha libre. Sus ojos no eran demasiado inteligentes, pero en su tarjeta rezaba debajo del nombre el título de «Doctor en Psiquiatría». Thompson necesitó mirarle dos veces.

—Debe usted convencer a los locos enseguida —comentó—. En el sitio donde se encuentre, no harán falta guardianes demasiado robustos. Siéntese, De Sanctis.

De Sanctis se sentó, extrajo un paquete de cigarrillos orientales y ofreció uno al capitán.

—¿Cuál es el objeto de su visita? ¿Es que se rumorea por ahí que estoy loco?

—No se trata de eso, capitán —rio De Sanctis—. He venido simplemente para hablarle de Larry.

—¿Qué ocurre con él?

—Eso ha de decírmelo usted. Desde anoche lo tiene nuevamente detenido.

—¡Bah! ¡Llama usted detención a un simple interrogatorio amable para que nos explique unas cuantas cosas! Ahora mismo está abajo, con el teniente Laxon. Mire si la cosa es sencilla que Larry ni siquiera ha pedido que se le envíe un abogado. ¿Es usted amigo suyo, o un familiar lejano tal vez?

—Larry no tiene familia.

—Eso es lo que he visto en nuestras informaciones, ¡pero es tan raro no tener ni tan siquiera un primo lejano! ¿Quién le envía a usted, De Sanctis?

—Nadie. Me envía mi deber profesional. He sido durante mucho

tiempo el médico personal de Larry Benttam.

—¡No me diga! Pero ¿es que Larry ha necesitado ya a un psiquiatra antes de ahora?

—Bueno, no es exactamente eso. Larry siempre ha sido un muchacho excitable, nervioso... Después de una larga temporada de no verle fui al hotel para informarme acerca de su salud, y allí me explicaron parte de lo sucedido. Parece ser que ese desdichado afirma haber dado muerte a un hombre.

—¿Y usted qué cree, De Sanctis?

El acento de Thompson tenía algo de burlón.

—Que es completamente estúpido. Un hombre como Larry no puede de ningún modo haber dado muerte a nadie. Examine sus antecedentes y se convencerá.

—Sus antecedentes están examinados. Larry ha sido un hombre honrado hasta hoy, aunque de una temporada a esta parte ha dispuesto de cantidades que no estaban muy acordes con su sueldo de periodista. Esa es la única cosa rara que hemos notado en él.

—Obtuvo importantes ganancias en las carreras —dijo De Sanctis.

—¿Cómo lo sabe?

—Hace aproximadamente tres meses me prestó dinero cuando yo atravesaba un mal momento. Me explicó que lo tenía en abundancia, y que había sido afortunado en las apuestas. Sé que me decía la verdad.

Thompson reconoció:

—Es lo mismo que nos ha explicado a nosotros y lo mismo que creen sus compañeros del periódico. Larry era un gran aficionado a las carreras. Pero ¿qué tiene eso que ver con lo que estábamos hablando?

—Usted mismo ha mencionado lo del dinero, capitán, y yo le explico lo que sé por si tiene usted alguna duda respecto a Larry. Dejemos ahora ese asunto aparte. ¿Cómo saben que ha matado a un hombre?

—Porque él lo afirma.

—Sabe perfectamente que esto no basta. Hay docenas de visionarios que continuamente se acusan de los crímenes más absurdos. Conocí a uno que afirmaba haber vivido en otro tiempo y haber dado muerte a Abel. Los manicomios están llenos de cretinos

de esa especie. No quisiera que por falta de cuidados, Larry siguiera la misma senda. La locura es algo muy delicado y muy extraño, capitán. Nadie conoce sus límites exactos. En todo caso sabemos cómo empieza pero nadie sería capaz de determinar cómo acabará.

—¿Afirmo usted entonces que Larry está loco?

—Yo no digo tanto, capitán. Yo digo sencillamente que padece visiones y que hay que cuidarlo con muchísima atención. Soy su médico y amigo, y creo que esa misión me corresponde.

—Nuestros psiquiatras lo han examinado ya —afirmó Thompson—. Todos encuentran a Larry muy nervioso, pero perfectamente normal.

—Tonterías —dijo resueltamente De Sanctis—. Nadie conoce el estado mental de un hombre con solo verlo cinco minutos. Yo quiero velar por Larry, y no consentiré que ustedes lo torturen.

—Nadie lo tortura. Se le han tenido toda clase de atenciones e incluso después de confesar su crimen ha gozado de libertad. Puedo prometerle que los interrogatorios del teniente Laxon son dignos de la corte de Versalles. Ni hablar del tercer grado con tipos como Larry, que entienden las palabras. Lo otro lo dejamos para los del sindicato del puerto.

—Pero ¿por qué lo interrogan, capitán?

—Porque tenemos indicios de que efectivamente ha matado a un hombre. Por lo menos hay algo muy sospechoso alrededor suyo.

—Yo afirmo categóricamente que Larry es un visionario, y que jamás ha matado a nadie —dijo con energía De Sanctis.

—¿Puede usted demostrarlo?

—¿Puede usted demostrar lo contrario, capitán?

Thompson sonrió con sorna.

—Claro que sí, doctor. Por lo menos podemos hacer a ese hombre preguntas que no sabrá responder. Si quiere venir por la tarde le dejaré leer el atestado. Verá que tenemos motivos más que suficientes para interrogar a su amigo. Aunque, naturalmente, si los indicios de culpabilidad son evidentes, el atestado permanecerá secreto, y en tal caso usted no podrá leerlo.

—Necesito algo más —dijo De Sanctis—. Necesito estar presente en los interrogatorios de Larry y convencerme de que no se le perturba con preguntas que pudieran hacer peligrar su estado mental. Vengo provisto de las mejores intenciones, capitán, pero si

usted me negara una cosa tan necesaria no tendría más remedio que conceder una entrevista a determinados reporteros. Y no olvide que Larry era de la profesión.

Thompson comprendió que no podía negarse, porque no le convenía de ningún modo tener en contra a la Prensa y acompañó a De Sanctis al despacho de la planta baja donde estaba siendo interrogado Larry.

El teniente Laxon se ocupaba de él.

Era verdad que trataba al detenido con la mayor cortesía. Estaban sentados uno junto al otro, con dos latas de cerveza a su disposición y entre ambos una fotografía.

Esta representaba a un hombre de unos cincuenta años, ojos grises, caballos entrecanos, boca firme y expresión concentrada. Cuando el capitán entró, Laxon estaba preguntando por centésima vez:

—¿Insiste en que no ha visto jamás a este hombre?

—Nunca.

La expresión de Larry parecía absolutamente sincera.

Thompson y De Sanctis entraron, y Laxon se puso en pie.

—Nada, capitán. Nuestro amigo no conoce al de la foto. Se la he puesto treinta veces delante de la nariz, y siempre me dice lo mismo.

Thompson presentó a los hombres.

—El doctor De Sanctis, amigo de Larry Benthams y su médico personal. De Sanctis, este es el teniente Laxon... Ya ve que a Larry no le ocurre nada. Tiene un magnífico aspecto, ¿no?

—Debo reconocer que sí. ¿Qué tal, Larry?

Larry hizo con los brazos un gesto inexpresivo.

—Ya ve; soportando el aburrimiento de esta situación. Nadie quiere creerme.

—De todos modos, a usted le interesa que no le crean, Larry.

—¿Por qué?

—Porque no es cierto que haya matado a un hombre, y si le creen puede que pague por un delito que no ha cometido.

Larry se encogió de hombros.

—Yo sé lo que me digo.

De Sanctis se sentó con familiaridad a un lado de la mesa y examinó la fotografía que había sobre ella.

—¿Quién es ese tipo?

—Ni más ni menos que aquel a quién ha matado su amigo —dijo secamente Thompson.

—¿Están locos? ¿No han encontrado el cadáver y afirman con esa pasmosa seguridad que mi amigo es un asesino? ¿En qué se fundan?

—Bueno, puede que Larry no le haya matado, al fin y al cabo, pero tiene algo que ver con él, y eso es lo que hemos de comprobar enseguida —Thompson parecía algo confundido, pero de repente pareció tomar una decisión y miró a Laxon—. ¿Ha solicitado ya permiso para la comprobación, teniente?

—Sí.

Laxon no dio más explicaciones, pero Thompson pareció entenderle perfectamente.

—En tal caso la realizaremos esta noche. Usted y yo solos iremos con Larry en un patrullero. Es de suponer que allí vamos a encontrarnos con los otros. Lleve a Larry a cualquier lugar donde pueda estar cómodo, y déjele en paz hasta la noche. Bueno, está usted de suerte, Larry. Según lo que resulte esta noche, no tendrá que preocuparse más por sus tontas pesadillas.

De Sanctis pareció prestar repentina atención.

—¿Debo entender que llevan a mi cliente a algún otro sitio? ¿Con qué objeto?

—Ya le ha oído. Necesitamos hacer una comprobación.

—¿Qué clase de comprobación?

—No quiera saber tanto como nosotros, amigo.

—No lo pretendo. Cada uno a sus asuntos. Pero Larry es un enfermo, y no puedo permitir que en ese estado le hagan declarar alguna cosa para enviarlo luego atado de pies y manos ante el fiscal del distrito. Es indispensable que alguien le apoye y le dé una orientación.

—Nadie se lo impide. Si quiere llame a un abogado; pueden hacerlo.

—Con más razón aún puede llamar a un médico. Necesito comprobar que no dice ninguna estupidez de la que luego pueda arrepentirse. Pido oficialmente acompañarle en el acto de la comprobación de esta noche.

Thompson miró a su subordinado con aspecto de duda. Laxon se

encogió de hombros. No importaba un testigo en las diligencias, y así lo dijo:

—No importa que haya un mirón, jefe. Y si ese tipo está enfermo de verdad, puede que el mirón nos ayude bastante. Por mí, que venga De Sanctis y que vengan todos los médicos de Nueva York. ¿Qué más da?

Thompson decidió:

—Está bien, venga usted aquí a las diez, De Sanctis. Hemos de encontrarnos luego con un hombre que tiene las llaves del lugar donde ha de hacerse la comprobación.

—¿Y qué hay en ese lugar? —preguntó De Sanctis.

Thompson se encogió de hombros.

—Si su amigo no ha matado a nadie, un vivo. Si ha matado a alguien, un muerto.

XI

CONCIERTO PARA REVÓLVER

Eran las nueve de la noche cuando Rock Filmore revisó la carga de su «38», introdujo en su bolsillo unas balas de repuesto, y se dispuso a abandonar su despacho de detective privado. A aquella hora, no había ya nadie en la antesala que le servía de oficina de recepción. Su secretaria había marchado mucho antes. El gran edificio de despachos estaba casi completamente silencioso.

Una hora antes, Rock había recibido una comunicación oficial del Departamento de Justicia.

En ella se le ordenaba que a las diez en punto de la noche estuviese en determinado lugar que ya conocía para realizar una comprobación con un sospechoso que le sería entregado por la Policía Metropolitana. Dos agentes especiales más le acompañarían por si se producía alguna anormalidad, pero debía evitar llamar la atención por todos los medios posibles.

Rock sabía que los dos agentes especiales que habían de acompañarle le esperaban ya, en un determinado lugar del Bronx, donde habían de hacerse los enconradizos. Y se disponía ya a hacer girar el pomo de la puerta, para dirigirse al lugar establecido, cuando oyó que alguien abría la puerta exterior de la oficina.

Rock salió. Vio ante él la figura alta y bien formada de Lena Talbot. Lena llevaba un vestido muy ajustado esa noche, y usaba un perfume suave que pese a su suavidad parecía llenar la habitación entera. Tenía en su figura un aire desmayado y tierno que la hacía cien veces más seductora. A aquella hora de la noche, a ningún hombre sensato se le habría ocurrido otra cosa que fugarse con Lena Talbot, pero Rock, desgraciadamente para él, tenía cosas más importantes que hacer.

Se acercó a Lena y le ofreció uno de los sillones de la habitación.

—Te he advertido hace unos momentos, por teléfono, que no debías salir del hotel. ¿Es que te has vuelto loca, Lena?

—Es ahora cuando empiezo a ver las cosas con claridad. He intentado comunicar con Larry y me han dicho que estaba a punto

de salir para una comprobación. El hombre que me ha dicho esto se llamaba Laxon. No sé por qué, pero me parece que le preparan una trampa.

—Tus temores son infundados, Lena. Si Larry no es culpable de nada, nada tiene que temer. Pero ¿por qué has venido a verme a mí precisamente?

—Porque eres la única persona de toda la ciudad en la que puedo confiar un poco. Y porque tú conoces a la perfección el asunto en que Larry se halla envuelto. Estoy segura de que se te ha mandado investigarlo.

—¿Por qué? Larry Benttam no ha cometido ningún delito federal, y el F. B. I. no tiene por qué intervenir.

—De todos modos, tú intervienes, no puedes negarlo. Supongamos que Larry no ha cometido ningún delito federal, pero tú sospechas que puede cometerlo —de repente se acercó a él, y apoyó nerviosamente las manos en su pecho—. ¡Oh, tienes que decidme la verdad, sea la que sea! ¡Necesito ir contigo esta noche!

—No vamos a una fiesta de sociedad, Lena.

—Lo supongo. Pero de todos modos sé que lo que suceda va a ser importante para Larry. Necesito estar allí. Necesito hablar con él y verlo.

—¿Tanto le quieres, Lena?

—No se trata de eso. Deseo ayudarle; sé que está metido en un mal paso y quiero sacarle de él si me es posible. Conozco a Larry desde hace años. Compréndelo. Llega un momento en que el amor ya no influye al tomar decisiones de esta clase. Bastaría la amistad que nos une para que yo deseara sacar a Larry de esta situación.

Rock abrió y cerró las manos varias veces, suspirando.

—No sabría decir por qué, pero esto me alivia, Lena. Celebro que tu amor hacia él no sea desesperadamente fuerte. Y ahora perdona esta frase originada por unos estúpidos celos de hombre. Vámonos.

Tomaron el propio coche de la muchacha. Rock condujo. Cuando llevaba unas yardas rodadas, ella susurró:

—¿Cómo has hablado antes de celos, Rock?

Él apretó los labios.

—Nada. Estúpidas frases sin sentido —dijo al fin—. Procura olvidar todo lo que hemos hablado. Y ahora, con tu permiso, te

llevaré de nuevo a tu hotel. No me gustaría que si esta noche hay danza tú bailarás en ella.

—¿Dices que volvemos al hotel?

La muchacha había tenido como un estremecimiento.

—Me parece lo más prudente.

—Si es así... yo voy a ser ahora la que mande, Rock.

Y el federal sintió que una cosa metálica y dura se apoyaba en sus costillas.

* * *

Rock solo tuvo que mirar de un modo indiferente para comprobar que lo que le amenazaba era una pequeña pistola de plata, modelo algo anticuado como las que usaban las damas peligrosas hacia los años 20. No era un gran cacharro, pero a aquella distancia podía matar a siete como él. De todos modos dijo:

—¿Crees de verdad que me asusta este detonador? ¿Qué pretendes con esto, Lena?

Ella silbó:

—Que me llesves al sitio a donde vas a ir esta noche.

Rock se encogió de hombros y condujo a moderada velocidad hacia el sitio donde iba a encontrarse con los otros dos federales. Al llegar frente al establecimiento, detuvo el automóvil e hizo la señal convenida: apretó tres veces el acelerador, como el que se dispone a parar el motor, y luego cerró el contacto. Inmediatamente, dos hombres salieron a la calle y montaron en un vehículo que ya estaba estacionado ante la puerta. Se lanzaron a buena velocidad y unos segundos después Rock les seguía tras haber puesto el coche nuevamente en marcha.

La mano con la que Lena le amenazaba no había temblado un solo instante.

No tardaron en descubrir al otro automóvil, que había aminorado la velocidad. Los dos seguían una misma ruta trazada de antemano. Separados por unas cincuenta yardas, salieron de Nueva York por el norte atravesando el río Harlem y tomaron por una carretera secundaria que se bifurcaba en dirección oeste. Tras media hora de rodaje a buena velocidad, se desviaron por un camino vecinal para detenerse poco después ante una casa aislada junto a la que había detenido otro coche con las luces apagadas.

Larry invitó:

—Puedes bajar. Hemos llegado.

—Tú primero, amor.

—¿No comprendes que ya es inútil seguir exhibiendo ese petardo? Hemos llegado al sitio donde se encuentra Larry. Ya has conseguido lo que querías.

La muchacha, por toda respuesta, guardó la diminuta pistola en su bolso de piel, pero pareció quedar bien claro entre Rock y ella que podía volver a usarla en caso necesario.

Rock sonrió.

—¿No me desarmas? Yo llevo un calibre «38». Imagino que si hemos de ponernos a disparar será yo el más rápido.

—Tú no dispararás contra mí si no es absolutamente necesario, Rock.

—¿Por qué?

—Porque me quieres.

En aquel momento, de entre las sombras surgió la figura del capitán Thompson.

—Le estábamos esperando. ¡Diablo! Pero ¿es usted el tipo que ha de franquearnos la entrada, Filmore?

Rock mostró su credencial, de la que colgaba la llave.

—Una pequeña sorpresa, capitán. Mi despacho había sido montado pava entrar en contacto con una banda que ya ha sido destruida. Aparte de ello, está a mi cargo la vigilancia de esta casa. Podemos entrar cuando gusten. ¿Dónde está Larry?

—A unas yardas de nosotros. Le acompaña su médico, un tal De Sanctis, Laxon le vigila.

—¿No ha venido nadie más?

—Nadie. Las órdenes eran de no llamar la atención. Pero veo que usted se trae a dos polizontes.

—Sí, por simple precaución. Vamos.

Avanzaron en silencio por un sendero cubierto de fina gravilla. Solo sus pies producían un chasquido lento, un poco siniestro. Todo estaba envuelto en sombras. La mancha blanca de la casa destacaba entre ellas como algo incierto, fantasmal. Larry y el gigantesco De Sanctis aparecieron acompañados por el teniente Laxon. Larry dirigió a Lena una mirada de asombro.

—¿Tú aquí? ¿Por qué has venido?

—Tenía un gran interés por verle, amigo —dijo Rock—. Hágase a la idea de que yo no quería traerla. Vamos; esa es la casa.

Rock franqueó la entrada. Como antes, como siempre que había entrado en aquel lugar de muerte, un silencio espantoso les recibió. En una de las ventanas había luz. La bombilla aún no se había fundido, a pesar de estar alimentada por una energía que no era la eléctrica, sino la atómica. Rock encendió una lámpara e indicó a uno de los federales que se quedara en la puerta. Luego subieron todos al piso superior.

Rock se dirigió sin vacilar a la puerta tras la que estaba el cadáver y empezó a empujarla poco a poco.

Antes de abrirla del todo, dijo una cosa sencillamente extraordinaria:

—Aquí está el hombre al que has estado buscando, Larry. Te felicito por tu inteligencia. Tus pesquisas han terminado.

* * *

Dio un empujón a la puerta. Parecía esperar aquel instante como uno de los más decisivos de su vida. La habitación apareció con su bloque de hielo al fondo. Y dentro del bloque el hombre muerto, con la mirada vuelta hacia ellos, el rostro un poco desencajado... ¡aquel rostro que era el mismo de la fotografía que horas antes Laxon mostrara a Larry!

Lena lanzó un grito, cubriéndose los ojos. Larry masculló una imprecación. En ese instante, Rock fue a desenfundar su «38» pero la voz helada de De Sanctis detuvo su movimiento en seco.

—Quieto.

Los acontecimientos iban a precipitarse.

De Sanctis, sin soltar el arma que empuñaba, extrajo de otro bolsillo un revólver de cañón corto y lo arrojó al vuelo a Larry. Este lo tomó. Sus manos no temblaban cuando encañonó a todos con él.

—Pronto, vosotros tres, Rock, Thompson y Laxon, de espaldas a la pared. Cachéales, De Sanctis.

Rock no había perdido su flema. Una sonrisa helada flotaba aún en sus labios cuando observó:

—¿No cuentas en que abajo ha quedado un hombre, Larry?

—Ese hombre no se moverá, porque fuera hay otros amenazándole. ¡Vamos! ¡Empieza a cachearles. De Sanctis!

Los dos de la Metropolitana dirigieron una fugaz mirada a Rock. Este les indicó que obedecieran. La situación parecía preocuparle muy poco. Ni siquiera cuando su arma hubo caído al suelo, pareció alterarse su sonrisa.

—¿Qué vas a hacer, Larry? —preguntó entonces Lena. Su voz era casi un sollozo. De sus ojos estaban a punto de escapar las lágrimas.

Larry le dirigió apenas una mirada.

—¿Sospechabas esto, no?

—Sabía que estabas metido en un mal paso y que tus declaraciones de haber matado a un hombre obedecían a un plan. Procuré sacarte de él y por eso estoy aquí, Larry. No sigas con esto. ¡Aún estás a tiempo de salvarte! ¡Te lo suplico, Larry! ¡No sigas!

—¿No seguir, ahora que estoy al final? ¿Sabes lo que esto significa, Lena?

—Yo sé lo explicaré —dijo Rock calmamente—. Un día, este hombre, que ahora yace muerto entre el hielo, fue raptado por una banda de espías internacionales. No es un personaje cualquiera, sino el profesor Zeuser, sabio alemán que hace varios años el Gobierno se encargó de traer a los Estados Unidos para que trabajara en cuestiones atómicas... Tú habías sido hasta entonces un periodista honrado, Larry, pero tu trabajo en «Sucesos» te llevó a investigar aquel rapto por tu cuenta, y casualmente diste con los culpables. Eres más listo que todos ellos, y comprendiste que para un ambicioso como tú solo había un camino: aliarte con ellos. Zeuser era una fuente de información que significaba miles y miles de dólares para sus raptos. Les hiciste «chantage» para no delatarles y el dinero empezó a fluir a tus bolsillos, hasta tal extremo que tuviste que decir que habías ganado en las carreras una fuerte apuesta. Los espías no te matarían porque habías demostrado que podías serles un elemento muy útil, y lo demostraste una vez más cuando ocurrió lo de la fuga de Zeuser.

Larry, con las facciones crispadas, murmuró:

—Sigue.

—Lo haré. Quiero que veas tu propio plan paso a paso, Larry. Uno de vuestros compinches, un tal Richardson, comprendió que podía salvarse y cambiar de vida ante la Ley si facilitaba la evasión de Zeuser antes de que este pudiera decir algo de verdad

interesante, lo consiguió. Zeuser escapó entre un tiroteo infernal, pero Richardson fue herido en, la columna vertebral y quedó convertido en un guiñapo. Tenía en Wall Street unos amigos que podían procurarle un refugio provisional y recurrió a ellos. Le facilitaron incluso una silla de ruedas. Pero Richardson no se atrevía a presentarse al F. B. I. por temer que Zeuser no declarara haber sido ayudado por él. El poco tiempo que lo había tratado, había demostrado a Richardson que Zeuser también era un ambicioso y un cínico, quizá más canalla que los mismos que le habían raptado. Richardson se ocultó de momento hasta ver qué ocurría, y mientras tanto, tus compañeros, Larry, descubrieron el escondite. Uno de esos compañeros tenía buen humor, y envió a Richardson las maderas cortadas de un ataúd para que este supiese lo que le aguardaba dentro de pocas horas. Pero mientras tanto, nosotros habíamos averiguado también el paradero de Richardson, esperamos a que saliera de allí, colocamos en la silla un muñeco de cera, de modo que pudiera parecer un ser humano desde la ventana de la frontera oficina, alquilada por vosotros, y esperamos los acontecimientos. Aquello os costó la vida de un hombre, que desgraciadamente no era el jefe como yo esperaba. Entretanto, Richardson se había refugiado en casa de Lena, a la que había visto contigo alguna vez. Mandaste allí a tus sicarios para que lo liquidaran, logrando eliminar también al federal que guardaba la casa, y demostraste querer muy poco a Lena, Larry, al enviar a tipos como Johnny y Richmond. Pero eso no importa mucho ahora; todos están muertos. Lo más interesante, Larry, fue tu fantástico e increíble plan para averiguar el paradero de uno de los hombres más ocultos de los Estados Unidos. Tan fantástico e increíble que todo el mundo había de darlo por verdadero, ya que nadie podía imaginarse por sus dimensiones que fuera falso. ¿Quieres que te lo explique, Larry? ¿No te gustaría oírlo?

Larry dijo secamente:

—Habla, pichón. Pero puede que me canse y te corte la lengua a mitad de camino.

—Tu plan consistió en decir que habías matado a un hombre y en tejer una historia extraña y terrorífica acerca de lo que había sucedido. Los elementos de esa historia eran muy sencillos. Un viaje a Hoboken en compañía de uno de tus compinches, un ataúd

embalado... Richardson había ayudado a escapar a Zeuser del lugar donde lo teníais secuestrado, una casa aislada perteneciente a un tal Adolf Schuter. Había allí una cosa muy simple: un botón perdido por Zeuser en su fuga. Tú sabías bien lo que podía hacerse con ese sencillo objeto. Sabiendo que te seguíamos, llevaste a Lena hasta allí, como testigo, y aquel botón, un objeto casi ridículo si no tuviera tanta importancia, hizo creer a la policía que quizá había algo de cierto en tu fantástica historia. Efectivamente, el botón fue estudiado, se averiguó que perteneció a Zeuser, y tú continuaste sembrando confusiones en tu camino. Cuanto más enrevesada fuera tu historia, mejor. Al final, no quedaba a la policía más remedio que llevarte ante Zeuser para tratar de aclarar algo, pues si existía la sospecha de que lo habías matado, él pudo haber sido un simple suplantador. Maravillosa idea, Larry. Tú no sabías dónde estaba Zeuser, ni tus hombres tampoco. Podía estar en Nueva York, en San Francisco o en Alaska. Pero ¿a ti qué te importaba eso? Sí tu plan salía bien, todos los resortes del F. B. I. y la Metropolitana estarían a tu servicio en lugar de perjudicarte. Nosotros mismos te llevaríamos ante Zeuser. Y aquí lo tienes, envuelto en hielo, más muerto que Richardson y que las cien mil víctimas de Hiroshima, Más muerto que todos los millones de hombres que él pensaba matar. Esta habitación a donde le trasladamos, era el laboratorio en que trabajaba en un experimento peligroso de alteración de la temperatura por medio de la energía atómica. El experimento resultó mal y... Bueno, ya lo ves. Zeuser trabajaba con grandes cantidades de líquidos congelados. Todos los recipientes se han roto y solo ha quedado el gran bloque con Zeuser dentro. Buena tumba para él... Ese hielo, además, es radioactivo, y nadie puede tocarlo. Esperamos que dos compañeros de Zeuser ideen algún procedimiento para sacarlo de ahí. Mientras tanto, el hielo es un auténtico cristal de roca. Ahí lo tienes, Larry. El hombre al que querías raptar otra vez y cuyas informaciones valían cientos de miles de dólares. ¡Sácalo tú mismo!

—¡Mientes! ¡Ese hielo no es radioactivo! ¡Todo esto es una trampa!

—Aunque logaras sacar a Zeuser, ¿de qué te serviría si ya no puede hablar?

—¿Has averiguado mi plan, eh? No eres tonto, Rock, pero tú

tampoco podrás hablar dentro de unos segundos. Cerca de la casa hay apostados ocho de mis hombres. La intervención de De Sanctis solo tuvo por objeto averiguar cuándo se me llevaría ante Zeuser. Ahora soy yo el jefe y el que va a dirigir este golpe de fuerza, preparado desde hace tiempo y ultimado esta mañana por De Sanctis. Despídete de todos tus hermosos recuerdos, Rock. Despídete de Lena, si quieres.

—Yo también he hecho rodear la casa, Larry. Por lo menos hay veinte federales dispuestos a dar un golpe de fuerza mejor que el tuyo. Has caído en tu propia trampa. Te ofrezco la posibilidad de salvarte si arrojas esa arma. En cierto modo, le he prometido a Lena que haría lo posible para que salieras con bien de esto.

—¡Ser demasiado inteligente cuesta a veces la vida!

Fue a apretar el gatillo, pero en ese momento, Lena se arrojó sobre él.

—¡No lo hagas, Larry! ¡Aún estás a tiempo! ¡No lo hagas!

Larry movió la pistola y aplastó la culata sobre el rostro de Lena cubriéndole de sangre. Ese fue el momento que Rock, Laxon y Thompson eligieron para actuar.

Rock se abalanzó sobre Larry con la agilidad de un felino, mientras este hacía fuego contra Laxon, que le parecía más peligroso por ocupar mejor situación. Laxon cayó con el cráneo atravesado, y antes de que pudiera disparar otra vez, Larry había recibido un salvaje puntapié en el bajo vientre. Cayó, gimoteando de dolor, mientras Rock tomaba una de las pistolas del suelo. Los dos hombres se miraron como dos fieras en el momento de disparar. Rock fue más veloz. Antes de que su adversario lograra apretar del todo el gatillo, ya le había clavado dos balas entre los ojos. Extrañamente, Larry logró incorporarse aún, dio hacia una ventana dos pasos de borracho, rompió los cristales con la cabeza y quedó doblado sobre el alféizar.

Abajo se oía un tiroteo espantoso. Rock giró sobre sí mismo para enfrentarse con De Sanctis.

De Sanctis peleaba a brazo partido con Thompson, quien tenía una herida en el hombro. En este momento, el gigante iba a disparar otra vez ahora a placer y sobre seguro. Rock no tuvo más remedio que descerrajarle una bala a la altura del corazón.

Luego ayudó a incorporarse a Lena. El tiroteo, abajo, se

espaciaba por momentos. El resto de la banda había sido capturado después de caer en su propia trampa.

Pero Rock Filmore no estaba alegre.

Limpio las huellas de sangre del rostro de Lena y musitó:

—Tienes que salir de aquí, muchacha. Ojalá te hubieses evitado esto. Ahora... ahora necesitas olvidar.

Lena murmuró:

—Me gustaría hacerlo... Si alguien me ayudase.

Rock prometió sencillamente:

—Te ayudaré.

Descendieron poco a poco las grandes escaleras. Abajo, todo había terminado. La noche parecía más negra y más muerta que antes. Cuando Lena, abrumada, se apoyó en su hombro. Rock Filmore la acogió en él dulcemente.

Arriba quedaba el último muerto junto a la última ventana.

FIN

Todo estaba dispuesto para la ejecución que se realizaría pocas horas después. Pero, ¿qué hacía entre tanto el condenado?

DONALD CURTIS

le responde a esta pregunta desde las páginas de



Moriré mañana

¡Otro apasionante relato que leerá usted con creciente emoción!

MORIRE MAÑANA

¡Las horas angustiosas de un condenado a la fatídica silla, inocente en realidad del delito que le imputaban!

COLECCION SERVICIO SECRETO

publicará este título la próxima semana

¡Reserve su ejemplar!

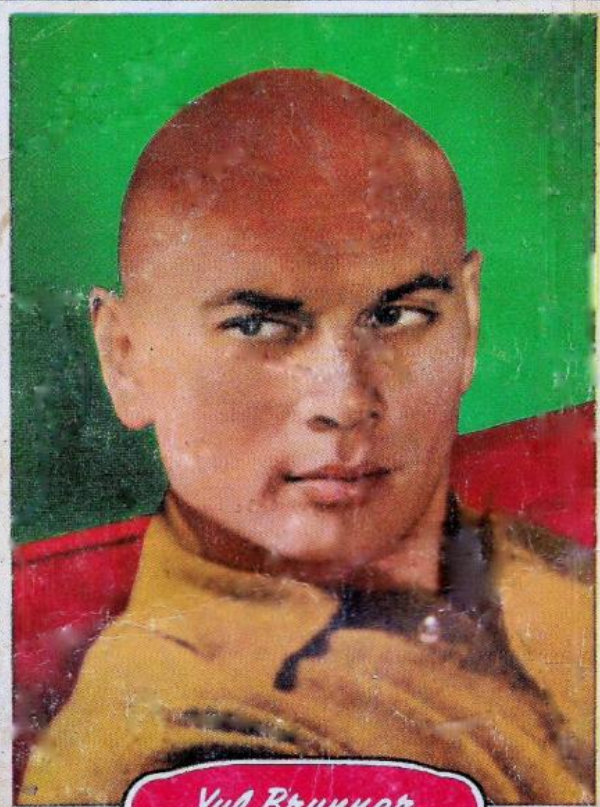
Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★



Yul Brynner

★ **N.º 723** Protagonista de las películas CinemaScope de 20th. Century-Fox "Anastasia" y "El rey y yo", su interpretación en esta última cinta, le ha valido el Oscar 1956

Foto 20th. CENTURY-FOX



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 pto. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$ 4,50